

BURGOS Y SU PROVINCIA

FUNDACIÓN, HISTORIA, MONUMENTOS,
HECHOS GLORIOSOS, DESCRIPCION, ETC.

ARTÍCULOS

FIRMADOS POR VARIOS ESCRITORES ANTIGUOS Y MODERNOS
RECOPIADOS POR LA REDACCION

DE

EL PAPA-MOSCAS

periódico de Burgos

(AÑO XXIV)

Y

REGALO Á SUS SUSCRIPTORES

TOMO III



BURGOS

Imprenta de Agapito Diez y Compañía

1901



VÉRITABLES

GRAINS DE SANTÉ

DU DOCTEUR FRANCK

CONTRA EL

ESTREÑIMIENTO

y sus Consecuencias :

FALTA de APETITO, PESADEZ GASTRICA

JAQUECA, CONGESTIONES,

ENFERMEDADES INFECCIOSAS

Verdaderos Granos de Salud del D^r Franck

Purgativos, Depurativos, Antisépticos.



*Exíjase el Rótulo adjunto
en 4 Colores.*

NOTICIA EN CADA CAJITA.



En Paris, F^{cia} LEROY, 9, Rue de Cléry
Y EN TODAS LAS FARMACIAS.

B. M. Cervantes



72287995 CL-94 bur

BIBLIOTECA MUNICIPAL

N.R. 224867

N.T. 264057

C.B. 72287995

CL-94

bur

BURGOS Y SU PROVINCIA

FUNDACIÓN, HISTORIA, MONUMENTOS,
HECHOS GLORIOSOS, DESCRIPCION, ETC.

ARTÍCULOS

FIRMADOS POR VARIOS ESCRITORES ANTIGUOS Y MODERNOS
RECOPIADOS POR LA REDACCION

DE

EL PAPA-MOSCAS

periódico de Burgos

(AÑO XXIV)

y

REGALO Á SUS SUSCRIPTORES

TOMO III



BURGOS

Imprenta de Agapito Diez y Compañía

1901



CAPÍTULO XXXII

Destierro segundo del Cid—Venida de los almoravides á Valencia—Muerte del rey Hia-ya y cerco que el Cid puso á Valencia

Los almoravides por estos años, con su ejército volante, que había quedado de la campaña de Badajoz, hacían notables estragos así en los dominios de los cristianos como en los de los moros. En el año de mil ochenta y nueve Jucef Miramamolín de Marruecos volvió á pasar á España con numeroso ejército, el cual junto con los moros andaluces, comandados de Alí Abenaxa, adelantado de los almoravides, marchó á cercar el castillo de Alaedo, que tenía en defensa García Jimenez, valeroso caballero. Noticioso el rey D. Alonso dió aviso al Cid para que acudiese á asistirle con su gente, en la conformidad que había ofrecido. El Cid procuró disponer sus

caballeros para juntarse con el rey D. Alonso, pero juzgando se detendría algun tiempo en componer las tropas, caminó con algun espacio y porque necesitaba ir ganando la comida por el camino hasta llegar á Medinaceli, en donde esperó al rey, entendiendo que había de pasar por allí: pero se enderezó á Alaedo por otro camino.

Avisados los almoravides de que el rey y el Cid venían en su alcance, levantaron el cerco y marcharon hacia otra parte. El castellano García Jimenez, viendo que marchaban más que de paso, salió tras ellos, y dando sobre la retaguardia desbarató y dejó muertos á muchos de ellos. El rey D. Alonso habiendo llegado al Castillo y reconocido que era fortaleza de importancia, procuró proveerle de armas y víveres y dió la vuelta para Castilla con pérdida de mucha gente por falta de alimento. Noticioso el Cid de la vuelta del rey con gran sentimiento de no haberle encontrado, se retiró á Valencia. La historia manuscrita que comienza por don Ramiro segundo y que se conservaba en el Escorial, y la que empieza por D. Fruela segundo, refieren estos sucesos en la conformidad que los hemos contado habiéndolos tomado de la Crónica del Cid. En el año referido concedió el rey D. Alonso al Monasterio de San Millan un privilegio, y en él hace memoria de dicha jor-

nada por estas palabras traducidas al castellano. «Yo el rey D. Alonso cuando salí con mi ejército á pelear con Jucef Caldeo, que vino de Africa con numeroso ejército para destruir las tierras de los cristianos, y acudí puntual á Alazeth, y el moro se retiró huyendo; y cuando yo volví firmé esta cédula en el campo de Conchilla en Montearagón». Es la fecha de veinte y cinco de Noviembre era de MC.XXVII. Los Anales de Toledo hacen recuerdo de esta jornada por estas palabras: *Fué la batalla de Laedón la que hizo García Jimenez con los moros era MC.XXVIII*. Conócese que el que trasladó estos anales escribió el número II habiendo de copiar el número V.

Los émulos del Cid reconociendo que el rey D. Alonso estaba sentido de que Rodrigo Diaz no se hubiese incorporado con su ejército cuando paso á Alaedo, hallaron buena ocasión para acusarle y hacer creer al rey que no había acudido por vengarse del destierro, y podía conocer que no deseaba los aumentos de su reino.

El padre Fray Juan Gil Zamorense que ha muchos siglos escribió, trae este suceso con más estension, y juntamente el cartel del reto que el Cid hizo al acusador. Dice que un soldado (que no nombra), pasó á estar con el rey don Alonso, y que le dijo que Rodrigo Diaz de Vivar era traidor á S. M., y que con gran arte

de palabras y de algunas acciones exteriores, encubría la traición, y para que entendiese que decía la verdad se ofrecía probarla con desafío campal. Creyóle el rey, y despachó decreto de que le quitasen los Estados, de que le confiscasen los bienes y de que prendiesen á su mujer D.^{na} Jimena y á sus hijas. Noticióso el Cid de lo que pasaba por su familia, remitió al rey otro soldado para que cumpliese el desafío, el cual habiendo llegado á la presencia de don Alonso, ya hablando en nombre del Cid, ya en nombre suyo, dijo estas palabras, traducidas del latin del Zamorense.

«Rodrigo Diaz envía á V. M. su escusa, y jura pelear con el que le desafía; y afirma, que jamás supo y que no tuvo la menor sospecha de cuando el rey caminó sobre Alazeth ni que jamás ha hecho traición alguna. Confirmó el soldado el juramento diciendo: Yo juro por Rodrigo Diaz que es verdad lo que digo, y si miento entrégueme Dios en tus manos y si digo verdad, libreme Dios, justo juez, en el reptó. Segundo juramento: Yo Rodrigo Diaz juro á tí soldado que reptas que no supe de la venida del rey ni llegue á entender por donde fué su jornada; y juró por el Señor y sus santos que jamás me vino pensamiento malo contra el rey ni he hablado palabra contra su majestad, y si miento entrégueme Dios en tus manos; y si es verdad

libreme el justo juez del repto falso. Tercer juramento: Yo Rodrigo Diaz juro á tí soldado, que me reptas que no envíe mis cartas al rey moro para que se detuviese, ni lo pensé ni dije cosa alguna en que perjudicase al rey D. Alonso. Y esto juro por Dios y sus santos; y si miento entrégueme Dios en tus manos, y si digo verdad, libreme Dios justo de tu repto falso. Cuarto juramento: Yo Rodrigo Diaz juro á tí soldado del rey que me desafias, por Dios y sus santos que hasta el día que mandó el rey prender sin causa á mi mujer y á mis hijas y confiscó todos mis bienes, ni pensé ni dije cosa alguna, por que deba desmerecer la gracia del rey; si miento entrégeme Señor en tus manos, y sino libreme el justo juez. Últimamente firmo y acepto el desafío el cual sino fuera aceptado me ofrezco á otro cualquier juicio que se determinare, por el cual esté libre del repto y de la calumnia impuesta sobre no haber acudido á ayudar á mi señor el rey, cuando fué á pelear con los sarracenos en Alazeth. Pelearé por mi juicio contra el juicio de otros, ó mi soldado por mí; si fuere vencido me sujeto al juicio de mis contrarios. El soldado enviado por el Cid, conforme iba refrendando los juramentos de Rodrigo Diaz, los refrendaba y se ofrecía á pelear por su amo. Habiendo oido el rey la excusa del Cid, y la aceptación del desafío revocó el decreto de

la prisión de D. Jimena y sus hijas: pero no dió lugar á que se escusase el desafío y marchó á Toledo». Hasta aquí el Zamorense. La Crónica del Cid no pone este repto: pero dice que el Cid envió á un caballero para que dijese, que si había conde, rico-hombre ó caballero, que afirmase que tenía más verdadera voluntad de servir al rey que él, que saliese á probarlo con su espada al campo. Llegó á levantar tanta llama la envidia en el corazón de los émulos, que noticiosos de que Rodrigo Diaz estaba sobre un castillo de Zaragoza pidieron gente al rey don Alonso para ir contra él: pero el rey, aunque estaba desazonado no quiso concedersela. Dícese que en esta ocasión el rey D. Sancho Ramirez, noticioso de que el rey D. Alonso no estaba bien con el Cid, trató de verse con él para ver si podía grangear su amistad.

En el año de mil y noventa y uno hallándose el Cid muy estimado en Zaragoza, la reina mujer del rey D. Alonso y otros caballeros amigos avisaron á Rodrigo Diaz que el rey había determinado pasar á hacer guerra contra los almoravides que se habían hecho dueños de Granada, de Murcia y de otras muchas provincias; que procurase ir con sus caballeros en ayuda del rey que así quedaba probada su buena intención y el rey le levantaría el destierro. El Cid estimó mucho el aviso, con toda puntua-

lidad salió con todas sus compañías á incorporarse con el ejército del rey que encontró en Martos. D. Alonso se alegró mucho y le recibió con semblante de benevolencia y agrado, y juntos marcharon hasta Granada. Los almora-vides luego que supieron que el rey D. Alonso había hecho asiento en la sierra de Elvira y que el Cid estaba acampado al pié de ella, trataron de marchar á otra parte, por no atreverse á entrar en batalla: conque el rey dió la vuelta por Ubeda en donde por chismes que urdió la emulación se puso muy mal con el Cid; y desazonados, el rey tomó el camino para Toledo, y el Cid marchó para Valencia y de allí para Zaragoza, recorriendo algunos castillos, y cobrando los tributos de los moros. Estando nuestro burgalés en Zaragoza se estrechó en grande amistad con los reyes de Zaragoza y de Aragón. En el año de mil y noventa y dos el rey D. Alonso, habiendo solicitado el socorro de los pisanos y genoveses pasó con su ejército al reino de Valencia, echóse sobre el castillo de Juballa y pidió á los gobernadores de los demás castillos el tributo de cinco años que habían de pagar al Cid. Los genoveses no acudieron tan presto como el rey deseaba; conque por falta de víveres se vió obligado á dar la vuelta á Castilla. Cuando el Cid supo que el rey don Alonso había pedido la contribución, que le

daban los moros, recibió gran pesar; y discutiendo como darle á entender, que vivía muy engañado por haber dado asenso á los embustes que idearon sus émulos, alcanzó de Aben Huf Taheu, rey de Zaragoza, una gran partida de caballos y otra de infantería, y con ella y su gente entró por Calahorra hasta Nágera y saqueó á Logroño y cogió el castillo de Haro, haciendo en los dominios del rey D. Alonso cuantos estragos podía. Estando en Haro escribieron el conde D. García Ordoñez y todos los ricos hombres castellanos al Cid, que los esperase siete días para verse en campaña. El Cid espero diez, al cabo de ellos habiendo llegado á Alberite, trataron de dar la vuelta para Castilla, sin atreverse á romper batalla con el Cid: con que se retiró á Zaragoza, otra expedición como esta, ejecutada por el Cid en el año de mil y setenta y tres, dejamos apuntada, en atención á lo que dicen las memorias de Cardena. Puede ser que haya sido una sola jornada, pues solo la diferencia haya provenido de haber encontrado dicha expedición apuntada en diferentes años. Déjase al que más alcanzare la más exacta averiguación.

Los moros de Valencia llevaban á mal que el Cid tuviese tanto señorío y mando en el reino, sin embargo de que los gobernaba con gran discreción y que tenía muy opulenta y abaste-

cida la ciudad. El sentimiento que ocultaban cuando el Cid estaba en la ciudad, le manifestaban cuando el Cid salía á campaar. En el espacio de cuarenta días que estuvo en Zaragoza, hacían sus juntas en casa de Abenjaf alcaide de la ciudad y discurrían cómo librarse del dominio del Cid y de sus oficiales. Acordaron que Abenjaf diera aviso á los almoravides, para que viniesen á redimirlos del cautiverio de los cristianos, supuesto de preciarse de celosos por la ley de Mahoma y por la redención de los señores tiranos. No pasó esto con tanto secreto que no llegase á oídos de Aben Alfarax, almorarife del Cid. Aben Alfarax juzgó que convenía el disimulo, por estar en juicio de que vendría luego el Cid á Valencia. Viendo que tardaba y que iba cogiendo cuerpo el partido de Abenjaf, paso á estar con el rey Hiaya, y habiéndole contado lo que pasaba determinó que prendiese al alcaide. No surtió efecto porque tenía en su parte al vulgo, que le quitó de las manos de la justicia. Viéndose Abenjaf descubierto, temeroso de parecer delante del Cid despachó luego mensajeros á Alí Aben Axa general de los almoravides que se hallaba en Murcia, para que acudiese pronto, porque los valencianos habían acordado entregarle la ciudad; y de camino escribió á Aldeba Aya alcaide de Alcira, para que se diese prisa y entregase el castillo.

Aben Axa que no deseaba otra cosa, luego se puso en camino y los moros le iban entregando los castillos por donde pasaba. El obispo D. Jerónimo y los demás cristianos criados del Cid, que estaban en Valencia, tomando las principales alhajas se retiraron al castillo de Segorve. Aben Alfarax no sabía que medio tomar viendo que el rey Hiaya se hallaba impotente de montar á caballo y que para nada tenía resolución, determinó sacar las riquezas y alhajas más preciosas del Alcazar y despacharlas para Segorve y señalar guardas de las personas más afectas al rey Hiaya. Aldeba Aya, alcaide de Alcira, para explicarse fino por los almoravides, salió á media noche de su castillo á encontrarse con la gente de Aben Axa y todos juntos con traje de color verde, que era la divisa de los almoravides, llegaron al amanecer á la puerta de Valencia llamada entonces de Tudela haciendo tanto ruido con su acostumbrada algazara y atambores, que creyeron los de dentro que venían quinientos caballos. Aben Alfarax ministro del Cid, acudió á que se echasen las puertas caladizas y que subiese gente á guarnecer los muros; y el rey Hiaya fué en persona á prender la persona de Abenjaf pero no lo pudo conseguir porque tenía de su parte al pueblo, que despues subió á las murallas para arrojar de ellas á los que las guardaban y

echaron escalas á los almoravides para que entrasen y abriesen las puertas á los demás. Fueron muertos en aquel día cuantos fueron de parte del rey y que se habían explicado aficionados al Cid. Otro día pasaron al Alcazar en busca de Hiaya, que ya entre sus muchas mujeres se había retirado á una casa pequeña. Apoderáronse del Alcazar y robaron cuanto precioso en él hallaron y mataron á un cristiano y á otros moros que estaban de guarda y prendieron al almozarife del Cid. Abenjaf hecho dueño de Valencia no paró hasta encontrar al rey para quitarle el gran tesoro que tenía consigo y habiéndosele quitado mandó que le cortasen la cabeza y la echasen en una laguna. Habiendo dejado el cuerpo en el corral de la casa donde estaba, un vasallo de compasión le recogió, y otro día envuelto en una estera vieja le dió por sepultura un muladar: año de mil y noventa y tres, según el computo del arzobispo D. Rodrigo. Las memorias de Alcobaza que produjo el padre Braudaon, dicen que á la hora de nona sábado treinta de Mayo de dicho año, en que se contaban el día sexto, el mes quinto y el año veinte y ocho del rey D. Alonso cogió este príncipe á Santaren: que á seis de Mayo feria V (parece que ha de decir VI) de la misma semana (entiéndese semana emergente) se apoderó de Lisboa: y que al día tercero en que se contaba ocho

del mismo mes se hizo dueño de Sentries: conque el rey dió la vuelta para Toledo dejando por Gobernador de estas plazas á su yerno el conde D. Enrique. De aquí colegimos que el rey tomó posesión del reino de León en el día último de Noviembre del año de mil sesenta y cuatro.

Los criados y ministros del rey Hiaya, que en la rebelión se pudieron salvar, noticiosos de que estaba preso Aben Alfarax, y de que ufano Abenjaf aspiraba á dominar en Valencia, procuraron salvarse unos en el castillo de Juballa, y otros con la fuga hacia Zaragoza. Habiendo estos entrado en la ciudad dieron al Cid parte de lo que había pasado y pasaba en Valencia. El Cid á toda prisa mandó á su gente que tratase en disponerse para marchar á Valencia. Llegó el Cid á Juballa, de que se alegraron mucho los del partido del rey difunto y le suplicaron que procurase vengar la muerte de su rey, que ellos se ofrecían servirle como fieles vasallos. El Cid escribió á Abenjaf y dando principio á la carta, burlándose del ayuno mahometano le dijo, que procurase cumplir devoto el ayuno del mes Ramadhan para que el sacrificio y honras que había hecho á su rey fuesen del agrado de Mahoma. Los mahometanos todos los años ayunaban el mes llamado Ramadhan, que segun su cuenta, es el mes nono, el cual en el año de mil y noventa y tres concurrió en el



mes de Octubre. Pasando despues á las veras, le dijo: Que en todo caso tratase de remitirle los granos y rentas que había dejado en la ciudad; y que tocante á lo demás ya se verían. Respondió Abenjaf, que los almoravides, por quienes estaba la ciudad, habían robado los granos: que si gustaba hacerse amigo con ellos le avisase, que interpondría su empeña.

El Cid conoció, que la necia presunción de Abenjaf había dictado la carta, y volvió á escribirle con expresiones de amenazas, y no rehusando decirle que él, y los de su partido eran traidores, y que como á tales los desafiaba, hasta vengar la muerte del rey.

Abenjaf, que como necio se dejaba llevar del vulgo, y se hinchaba en vana ostentación, requirió á los Alcaldes de los Castillos, para que acudiesen con los tributos y mantenimientos para los soldados de guarnición; y los más de los Alcaldes se ofrecieron á dar cumplimiento á sus órdenes.

Abenlup, Alcaide de Murviedro, que había conocido muy bien el tesón y arte del Cid, advirtiéndolo lo que podía suceder, respondió, que acudía con el feudo al Cid. Y por último, por verse libre de embarazos, alargó los castillos á Aben-Racin, y se vino á la compañía de los cristianos, y Aben-Racin hizo asiento de acudir al Campeador con sus tributos. El Cid pasó con

su ejército á cercar á la villa de Cebolla: cogió-la, y poblóla de cristianos, y despues repasó los campos comarcanos y dió la vuelta para Juballa.

Desde Juballa enviaba el Cid dos veces al día algunas partidas de soldados, para que hiciesen sus correrías en las cercanías de Valencia, y con orden de que hiciesen cuanto daño pudiesen, menos á los labradores de pan y vino, que vivían en las casas de campo. De este modo fué apretando el Cid á los de la ciudad, y abasteciendo muy bien á su gente. Abenjaf con sus vanas ideas no imaginaba que había de venir á cuentas: y asi hacía grandes galante-rías con los caballeros de Valencia y Denia, á costa de las rentas reales, y de las consignadas al Cid. Los mismos que se hallaban favorecidos se llegaron á amotinar, de modo que llegaron á hacer bando y partido con los hijos de Aben Afit, persona de las principales de Valencia. El Cid que lo supo, procuro fomentar la cisma, y disponer que sus soldados menudeasen las correrías, en que siempre descalabraban á los que salían á la defensa.

Noticioso Rodrigo Diaz, que los bandos de dentro de la ciudad habían llegado á estado de no poderse facilmente reconciliar, y con conocimiento de que era más facil engañar á Abenjaf, que á los del partido contrario, explicóse el Cid por parte de Abenjaf, y con arte comenzó

á persuadirle, que echando fuera á los almoravides, se haría más dueño de la ciudad, Abenjaf, que creía de ligero lo que hacía á su vana presunción, pasó á estar con Aben Alfarax, que estaba preso, y le comunicó la determinación en que estaba. Aben Alfarax, como era afecto al Cid, no deseaba otra cosa: conque le hizo creer que lo que decía era lo que mejor le podía estar. Con esto envió á decir al Cid, que quedaba en hacer todo lo que le aconsejase: y así por su consejo comenzó á poner tasa en los salarios, que daba á los almoravides.

Ali Aben Axa, general de los almoravides, que se hallaba en Denia, envió á decir á Abenjaf, que le enviase parte de los tesoros que habían sido del rey Hiaya, para hacer un presente al Miramamolin de Marruecos, que se disponía pasar á España, para redimirlos de las estorsiones que les hacía el Cid.

Abenjaf tuvo su Aljama (esto es, junta de los principales) y consultó, que debía hacer en esto. Los más ancianos fueron de sentir, que enviase el presente: con que Abenjaf, reservando las joyas, y piedras más preciosas, remitió los restantes que habían sido de Hiaya, para el Miramamolin, despachando con el presente las personas más principales de la ciudad, y entre ellos Aben Alfarax, almoxarife que había sido de nuestro castellano.

Este moro que siempre se mostró fino por su amo, ó porque sospechó que no le enviaban á Denia para honrarle, dió aviso de secreto al Cid, que luego dió orden á una valiente partida de caballeros para que saliesen al pillaje del presente, y á prender á los que le llevaban: conque Aben Alfarax se vió restituído al campo del Cid.

El rey de Zaragoza Aben Huf Taheu que aspiraba á coronarse rey de Valencia envió un alguacil al campo de Rodrigo Diaz con una suma de dinero que debía por el precio del rescate de unos prisioneros; pero la primera intención era informarse del estado de Valencia é introducir á alguno en la ciudad para que tratase con Abenjaf, que dispusiese los ánimos de los valencianos para que le entregasen la ciudad, pero no pudo sacar nada en limpio. Hallándose el alguacil de Zaragoza en el campo del Cid, para que llevase que contar á su rey, envió los escuadrones con estrechas órdenes para que se apoderasen del arrabal de Villanueva de que se apoderaron luego con muerte de muchos moros y con ganancia de muchos despojos. Mandó después el Cid que echasen por el suelo las casas y que hiciesen traer la madera á Juballa. Otro día dió orden para que ejecutasen lo mismo con el arrabal de Alcudia y en tanto que el ejército estaba en lo más recio

de la refriega, marchó el Cid con un escuadrón á la puerta llamada de Alcántara donde era la espartería. Halló el Cid gran resistencia, así de hombres como de mujeres que estaban en los muros como también de unos soldados que salieron fuera á la defensa. Con estos se trabó tal combate que el Cid cayó del caballo y hubiera allí perecido, á no haber acudido los suyos puntuales. Mas por último habiendo durado la pelea hasta mediodía quedaron muertos muchos moros. Volvió el Cid á la tarde sobre los de Alcudia y apretóles de modo que se vieron obligados á pedir paz que se les concedió con la condición de que le pagasen el tributo que pagaban al rey Hiaya y de que acudiesen con los frutos de venta á Juballa. Puso el Cid en la Alcudia guarnición de su mano, y por almoxarife á Juceph Aben Abdis. Ganados los dos arrabales que eran los más fuertes paso á apretar el cerco de Valencia de modo que ninguno pudiese entrar ni salir de la ciudad: conque comenzaron á sentir no haber llamado al rey de Zaragoza.

CAPITULO XXXIII

Prosigue el Cid con el cerco—Obliga á que salgan los almoravides de Valencia—Determinan volver los almoravides—Piden socorro los valencianos al rey de Zaragoza y á los almoravides.

Al verse los de Valencia en tanto aprieto juntáronse los principales de la ciudad á tratar como poder salir de tanto conflicto y divertir las hostilidades que les hacía el burgalés. Mientras que avisaba á Ali Aben Axa la determinación que había de tomar por orden de Juceph, Miramamolin de Marruecos, acordaron los valencianos que saliesen algunos á tratar de convenio con el Cid. A quienes respondió: «que no había de tratar de concierto en tanto que los almoravides estuviesen en la ciudad.» Volviendo con la respuesta vinieron todos los valencianos en que saliesen y los almoravides que lo deseaban pidieron que consiguiesen del Cid el paso franco. Vino el Cid en ello con condición que pagasen primero los granos que habían consumido, y mil maravedises por cada semana que habían estado en Valencia; y que los naturales habían de proseguir en pagarle los tributos que se le daban en tiempo de Hiaya.

Ejecutóse cuanto pedía el Cid, y Abenjaf dió orden á los alcaides de los castillos que acudiesen con el diezmo de los frutos y rentas; y para que en adelante quedase llana la cobranza nombró dos almoravides, un cristiano y un moro para que la cobrasen conque por algun tiempo quedarón los valencianos en paz.

Aben Axa, capitán general de los almoravides, envió á decir á los de Valencia que presto pasarían á librarlos del vasallaje. El Cid á quien nada se le pasaba por alto, discurría los medios que podría haber para que no volvieresen; y para que si venían como estorbarles la entrada; Abenjaf que se pagaba mucho de que el Cid le tratase como á la primera persona de la ciudad, envió á decir á los alcaides de Jativa y de otros castillos, que deseaba que se viesen juntos: los cuales habiendo venido y estado con el Cid se convinieron en acudir con las rentas, menos Aben Racin que se había convenido con el rey de Aragón, para que le ayudase á ganar á Valencia; Hubar Aben Maymon que tenía el castillo de Alcira de Jucar. En la junta no se dió por entendido el Cid pero luego que salió de ella dió orden para que unas partidas fuesen á poner en cuenta á Aben Racin, las cuales habiendo corrido la tierra de Jucar pasaron á segar los panes que llevaron á Juballa. Dejando bien castigado á Jucar, de noche se

enderezaron de secreto hacia los castillos de Aben Racin cogiéndolos descuidados y habiendo corrido la tierra por diferentes parajes mataron á muchos moros, cautivaron y despacharon la presa á Juballa, que era ya población grande y en donde se hacían los mercados. El Cid salió á esta jornada de secreto y estándose divirtiéndose en una ocasión en el campo con cinco caballeros, le llegaron á divisar otros doce de los enemigos, y se determinaron salir á él con intención de matarle ó prenderle. Perecieron en esta lid dos caballeros de cada parte y el Cid salió muy mal herido en la garganta y de suerte que se juzgó ser herida mortal.

Convaleció luego y prosiguiendo en hacer mal á Aben Racin. Llegó aviso á Valencia que venían los almoravides y que se hallaban con su ejército en Lorca. Los contrarios de Abenjaf se alegraron mucho con la noticia pero este considerando que el Cid estaba de su parte y que si los almoravides se apoderaban de la ciudad no lo habían de pasar bien despachó una posta al Cid para que viniese á toda prisa; y dió orden á los alcaides feudatarios que acudiesen á verse juntos para determinar lo que convenía. Resolvieron escribir los alcaides una carta al yerno de Aben Axa que estaba de rey de Sevilla, en que le avisaban que el Cid y el rey de Aragón tenían hecha liga y que si se

hallaban con fuerzas para pelear con ocho mil caballeros cristianos de singular destreza y valor que viniesen, pero que ellos consideraban que en la ocasión presente convenía que se estuviesen quietos. Los almoravides respondieron que vendrían.

El Cid que no era menos astuto que valiente, pidió á Abenjaf le diese una huerta cerca de la ciudad para tener en que divertirse, con la mira de que viéndole allí los almoravides liciesen juicio que el mayor partido de la ciudad estaba de su parte. Tenía la huerta su entrada por parte estrecha y como el Cid no gustaba de andar por pasos angostos dijo que le diesen puerta que saliese á campo espacioso. Abenjaf deseando en todo darle gusto mandó que la abriesen luego: conque el Cid se pasó á ella; y como era dueño del arrabal dió orden á los suyos que se aviniesen bien y que mostrasen afecto á los moros. Los almoravides volvieron á dar aviso, que ya estaban en camino para venir á Valencia. Noticióso el Cid que estaba ya en Játiva, se salió de la huerta y se retiró á Juballa. Supo que venía un soberbio ejército contra él, discurriendo como prudente sobre si los esperaríá, ó marcharía á otra parte; por último le venció el valor á que se detuviese. Resuelto á esperarlos, dió orden á su gente para que fuese á derribar los puentes y á romper los cauces

y acequias para que se hiciese un río la vega de Valencia; y para que no pudiesen pasar sino por un estrecho, en donde puso los soldados más valientes para impedirles el paso. Llegó nuevo aviso, que los almoravides estaban ya en Alcira, y en el campo de Tatarroxa, que está á la vista de Valencia, en donde por la noche encendieron grandes hogueras, para alegrar á los valencianos y aterrar al Cid y á los suyos, porque se imaginaban ya victoriosos. Pero el Señor de los ejércitos, que tenía dispuesta otra cosa, envió aquella noche tal tempestad de relámpagos, truenos y agua que pensaron los almoravides ser hundidos y anegados. Al ver por la mañana hecha un mar toda la vega, y que no podían pasar por parte alguna, trataron de dar la vuelta, espantados de la nube, que tuvieron por mal agüero. El Cid advertido de que los moros son llevados de agorerías y supersticiones, conoció que los almoravides no habían de volver tan presto, y que la ocasión era oportuna para apretar el sitio: conque determinó pasar á vivir á la huerta y dar órdenes, para que saqueasen á los moros de los arrabales, exceptuando á los que vivían en el Alcudia, y que los obligasen á que se entrasen en la ciudad, para que el hambre les hiciese cruel guerra. Los alcaldes de los castillos de la jurisdicción noticiosos de que los almoravides se habían reti-

rado, y que no habían dado esperanzas de volver, acudieron al Cid con el tributo, y les obligó á que enviasen ballesteros y peones para combatir de recio la ciudad, como la combatió de modo que no se daba lugar á que entrase, ó saliesen moro alguno.

El Alfaqui Alhagib, que quiere decir el Sacerdote Príncipe, viendo las discordias que había entre Abenjaf, y los hijos de Aben Afit de parte de adentro; y que de parte de afuera no había que esperar socorro, subió á la torre más alta de la ciudad y á grandes voces comenzó las endechas de la pérdida de Valencia, que se pueden ver en la historia general. El recopilador de la Crónica del Cid no fué tan aficionado á llenar su historia de sucesos celebrados por poetas. Abenjaf, habiendo conseguido del pueblo el título de Adelantado, despachó un mensajero para que dijese al Cid de parte de la ciudad, y suya que estaban prontos á pagarle el tributo, en la conformidad que se le había pagado antes; y así que le suplicaban levantara el cerco. El Cid respondió que venía en ello; pero que primero le habían de enviar los hijos de Aben Afit.

Abenjaf no penetrando las máximas del Cid, luego le envió los presos que pedía, y al día siguiente salió á verse con él, quien le recibió con agrado, y disimulo de que hacía gran cau-

dal de el, por reconocer que Abenjaf se pagaba mucho de que le tratasen como á dueño de la ciudad y dijóle: ¿Qué cómo no se vestía y adornaba del turbante de rey? Pasaron despues á tratar en orden al tributo que le habían de dar, y de que el Cid había de poner Almojarife, que le cobrase sus rentas, y que para seguridad de lo tratado le había de dar en rehenes á su hijo. Habiendo venido en cuanto pedía el Cid, dió la vuelta para la ciudad, en donde se arrepintió de haber ofrecido en rehenes á su hijo: con que Rodrigo Diaz viendo que no cumplía con las condiciones, volvió á apretar de nuevo el cerco y á levantar algunos tablados para que imaginasen, que intentaban entrar en la ciudad por asalto.

Reconociendo los valencianos que ya el Cid no los había de creer, trataron de enviar unos mensajeros al rey de Zaragoza, avisándole la gran miseria en que se hallaban; y asi, que acudiese á socorrerles. El rey, al principio no hizo aprecio del aviso, y despues de tres semanas respondió, que no podía ayudarles sin conseguir primero el permiso del rey D. Alonso; que enviaría á pedirle, y que daría aviso de la respuesta; y que entre tanto se defendiesen en la mejor forma que pudiesen. Despues de algun tiempo envió á decir el rey de Zaragoza, que ya no solo tenía permiso del rey don

Alonso para asistirles, sino que le enviaba en su ayuda á García Ordoñez con sus caballeros. El privado del rey de Zaragoza, les envió á decir, que su rey estaba en ánimo de pasar á levantar una torre en el Alcudia, que fué lo mismo que decirles: que tarde llegaría el socorro, y que deseaba que el Cid cogiese á Valencia porque estaba en juicio, que ganada la ciudad se la había de alargar por alguna suma de dinero.

El Cid que discurría no menos en que los de adentro se hiciesen guerra unos á otros, envió á decir á Aben Afit, que procurase levantarse contra Abenjaf: que le prendiese, y se le enviase. Aben Afit, recibió con buen semblante el aviso, imaginando que por este medio conseguiría la libertad de sus hijos. Aben Afit comunicó la noticia con los de su partido y le aconsejaron, que escusase la propuesta del Cid. No se le ocultó esto á Abenjaf, y por no ser preso, luego paso á prender á Aben Afit: pero fióle de guardas que se dejaron sobornar. Prendióle segunda vez, y como pudo le despachó para Zaragoza. Poco despues salieron dos hombres de la ciudad á estar con el Cid, para decirle que apretase el cerco, porque los más de la ciudad deseaban entregarle por remediar la grande hambre que padecían. El Cid esforzándose con este aviso hizo juntar toda su gente,

y les mandó que fuesen hacia la puerta de Belsahanes, para entrarle por allí. Los de dentro acudieron prontos á aquella parte, y desde los muros arrojaron cantidad de piedras y saetas, y otros más resueltos abrieron las puertas y salieron contra los cristianos.

El Cid en esta ocasión se vió muy apretado, por haberse metido en una casa, que fueron á cercar los moros, esperándole á la puerta: pero hizo romper un portillo, por donde salió con gran riesgo de la vida. Restituido á su huerta advirtió que no convenía hacerles más guerra que la cruel, que les hacía el hambre, que llegó á ser tanta, que por no padecerla, tuvieron por alivio arrojarse de los muros. El Cid para aterrarlos á que no se arrojasen de las murallas, deseando que cuanto antes se acabasen los alimentos, mandó encender grandes hogueras, para echar en ellas á cuantos se arrojaban de los muros. Llegó la ciudad á tanta carestía de alimentos, que habiendo consumido los granos y las carnes de los caballos y mulas, se determinaron á comer ratones, los cueros de vacas, el orujo de las uvas, los letuarios de las boticas y otras cosas indignas de nombrarse.

Los aficionados y parientes de Abenjaf, desesperados de que les viniese socorro, estuvieron con un Alfaqui llamado Alhuatan, que era de grande representación entre los moros valen-

cianos, para que pasase á estar con Abenjaf, y le desengañase de que no tenía que esperar socorro alguno, porque los almoravides ya habian cogido miedo al Cid, y el rey de Zaragoza deseaba, que el Campeador ganase á Valencia. Abenjaf desengañado le suplicó, que discurriese en los medios que se podían tomar; y que les dejaba en sus manos.

Alhuatan escribió un recado á un Almojarife del Cid, por nombre Abdalla, para saber si gustaba el Cid, que saliese á hablarle. Dió el Cid licencia, y salió con tres personas de respeto, que capitularon, que los de la ciudad pudiesen enviar sus embajadores al rey de Zaragoza, ó al general de los almoravides, que estaba en Murcia, pidiendole socorro; pero que no viniendoles dentro de quince días, quedasen obligados á entregar la ciudad.

Firmados los tratados otro día despacharon los de Valencia sus correos al rey de Zaragoza, y al general de los almoravides, instándoles, que acudiesen á socorrerlos dentro de quince días, porque si no llegaban dentro de este término, se habían de entregar al Cid. Pactóse tambien que los mensajeros solo habían de llevar para el gasto de su jornada cincuenta maravedis. Pero el Cid, que previno lo que había de suceder, marchó en persona á registrarles en Denia; y habiéndoles hallado, que

transportaban gran tesoro de joyas, oro y plata, solo les dejó los cincuenta maravedis. La historia general trata estos sucesos referidos con más extensión que la Crónica del Cid, y con alguna variedad en los nombres propios: pero en la sustancia dicen lo mismo. En que se conoce que los recopiladores tuvieron delante instrumentos muy conformes en lo principal; y que la causa de discordar en la escritura de los nombres propios consistió en las razones que escribió el Padre Tomás de León. Es de notar que aun por estos tiempos duraban en Valencia cristianos descendientes de los católicos que había antes, cuando la ganaron la primera vez los moros, á quienes llamaban almozárabes, como dice la general, añadiendo el artículo *al*, comun á la lengua arabiga; y así nosotros los llamabamos mozarabes á los cristianos que vivían en los dominios de los moros.

CAPITULO XXXIV

Gana el Cid á Valencia; y dáse noticia del Gobierno que puso en la ciudad

Firmados los tratados, y manteniéndose los rehenes en el Alcudia, hubo suspensión de armas por espacio de quince días. Pero el Cid no dió lugar á que entrasen bastimentos, fiando más de su hambre que de su palabra, para hacerse dueño de Valencia. Llegó la necesidad á extremo que la cabeza de un caballo que había muerto en las tablas públicas, se tasó en veinte doblas de oro: y ya no había quedado más que una mula que era de Abenjaf, y otro caballo de su hijo. Pasados los quince días del plazo, Abenjaf, adivinando lo que le había de suceder, rogó al pueblo que esperasen tres días más, porque tenía esperanzas que en ellos vendría el socorro.

Los ciudadanos, ó desesperados de que viniese, ó por lo mucho que apretaba el hambre, no dieron lugar á que se difiriese la entrega más que un día, y en él salieron á entregar las llaves, que el Cid recibió con semblante enojado, diciendo que no estaba obligado á guardar las capitulaciones supuesto que de su parte se había faltado á ellas. Respondieron los moros

que se ponían en sus manos, y que arbitrarse lo que fuese de su mayor agrado. Rodrigo Diaz viéndolos tan rendidos y conociendo que la ocasión era ya oportuna de apoderarse de la ciudad, mudó de semblante y les dijo que al día siguiente saliesen Abenjaf y los caballeros principales del Aljama á firmar la entrega de la ciudad. Otro día, jueves último de Junio, despues de la fiesta de San Juan, que los moros llaman Alhausara, á la hora de mediodía entraron los cristianos á tomar posesión de la ciudad, después de nueve meses de cerco, y conforme entraban, se iban apoderando de las torres. Abenjaf les decía, que no tenían necesidad de subir á ellas; pero los cristianos no hicieron aprecio de la advertencia de Abenjaf.

Otro día entró el Cid á la ciudad celebrando el triunfo, y subió á la torre más alta de donde registró toda la población, y para irles ganando la voluntad, prometió hacerles cuanto favor pudiese; pero que estuviesen advertidos que había conquistado á Valencia con rendimiento y vasallaje á D. Alonso su rey. También les intimó, que aunque los estimaba y tenía satisfacción de su proceder, que no podía dejar de considerar que sus antiguos caballeros y soldados eran su brazo diestro, y así que era forzoso hacer toda estimación de ellos y tenerlos á su

lado: y volviéndose hacia los cristiaños les dijo que procurasen tratar á los moros con cortesía y respeto.

No ha faltado quien pusiese en duda que Rodrigo Diaz de Vivar pudiese ganar á Valencia. No nos admira que la discreción lo dudase, porque parece hace guerra á la fé humana, el que un caballero particular, y detenido en los terminos de vasallo, y desterrado, por valiente y animoso que le imaginemos, tuviese valor para emprender la conquista de Valencia, ciudad de las más fuertes de España, de las más rodeadas de castillos, y abastecida de gente de estremado valor, que de sí produce el clima. Fué Valencia una de las fortalezas más estimadas de los moros, y más envidiada de los reyes de Zaragoza, de los de Denia y de los Almoravides. El rey D. Fernando el Magno intentó coronar sus conquista con la toma de esta gran plaza; pero estando sobre ella le acometieron los accidentes de la última enfermedad, acaso por que reservaba el cielo la gloria de esta conquista, en premio del injusto destierro que por su valor padeció, á Rodrigo Diaz de Vivar, y en castigo de la malevolencia de sus émulos. El rey de Aragón D. Jaime I, con razón mereció el renombre de Conquistador, por haber ganado esta famosa ciudad. Todas estas razones dificultan el crédito de que nuestro capitán burgalés

avasallase tan grande ciudad: pero ya los discursos se dan por vencidos á vista de los muchos testimonios que lo afirman.

Los anales de Toledo dicen: *Prisó Mio Cid á Valencia. Era MCXXXII. El rey Don Alfonso dejó deserta á Valencia en el mes de Mayo. Era M.C.XL.* El señor Obispo de Pamplona, que en su tiempo dudó de esta conquista, vistas dichas memorias, dijo: *Es cosa sin duda que el Cid ó Rodrigo Diaz estuvo apoderado de la ciudad de Valencia.* Más por este autor dudó tambien, si Rodrigo Diaz de Vivar fué llamado Cid; y por que otros para confundir y alterar las historias, y hacerlas declinar á donde quiere su pasión, digeron que este nombre *Cid* y *Mio Cid* se aplicó á otros valerosos caballeros, mostraré que Rodrigo Diaz el Campeador es el conquistador de Valencia. La relación sumaria de los hechos famosos de nuestro Cid, dice: «Que Rodrigo Diaz, hijo de Diego Laynez, descendiente de Lain-Calvo, fué el que ganó á Valencia.» Las historias que se hallan en los privilegios son las que merecen el primer crédito. Estas confirman que nuestro Cid ganó á Valencia. Gil Gonzalez Davila encontró, como se ha dicho, en el privilegio que Rodrigo Diaz dió al Obispo don Jerónimo, para que hiciese levantar la catedral de Valencia. Doña Jimena Diaz, llamando á Rodrigo Diaz el Campeador, su señor y marido, confirmó

dicho privilegio, y añadió nuevas mandas á la catedral de Santa María de Valencia.

Estos testimonios cierran la puerta á toda racional duda de que Rodrigo Díaz de Vivar conquistó á Valencia.

Supuesta por cierta la conquista, discurrieron otros que el Cid tuvo ayuda y auxilio de otros príncipes y señores. El rey don Sancho de Aragón, andaba por el tiempo en que el Cid tenía puesto sitio á Valencia, muy ocupado en la conquista de Egea, que ganó en el año de mil y noventa y cinco, como consta de instrumento que produjo el Padre Martene; y así se tiene por cierto, que ni el rey de Aragón ni su gente ayudó al Cid en la conquista de Valencia. Jerónimo Blancas escribió que el rey de Zaragoza ayudó al Cid en la conquista de Valencia. Pero como dice Gaspar Escolano, padeció engaño, como se colige de las mismas historias, pues los moros valencianos estubieron en los últimos quince días esperando el socorro de este rey.

La historia latina de S. Juan de la Peña dice: que don Pedro Ruiz de Azagra, persona de gran valor y poder, Señor de Albarracin, ayudó al Cid para que ganase Valencia. Jerónimo Zurita habiendo averiguado que este caballero no floreció en tiempo del Cid, ni en muchos años despues, dice: «que el autor de aquella historia imaginó el socorro de este caballero: porque con

Pedro Ruiz no fué señor de aquella grande fortaleza hasta el año de mil ciento setenta, en que el rey moro llamado Lope le hizo gracia del Albarracin.

Hablando este juicioso historiador del valor con que el Cid ganó á Valencia, dice: *La conquista, que hizo el Cid en Valencia, fué la obra más hazañosa, que otra que sepamos en España de persona alguna que no haya sido rey; y aunque el rey de Castilla, que era de los más poderosos reyes que entonces había en la cristiandad, hubiera juntado todo su poder para emprender la conquista de esta ciudad, fuera muy difícil empresa, por estar tan adentro de toda la morisma de España, y ser una de las más pobladas que en ella había. Todo esto venció el ánimo y valentía de este caballero.* Hasta aquí Zurita.

Siendo, pues, cierto que Rodrigo de Vivar llegó á ganar á Valencia, se hacen creibles cuantos pasos dió, como cuenta la historia, hasta fijar el pié en esta fuerte ciudad.

Si el Cid no se hubiera dado tanto á temer, ni hubiera esplicado tanto valor con sus celeberrimas victorias, sin duda que el rey de Zaragoza, muerto el rey Hiaya, se hubiera animado á conquistar á Valencia, por lo mucho que deseaba el señorío de aquel reino. Si los Almoravides no estuvieran bien informados de que no hubo empresa, en que el Cid pusiese la mano que no

consiguiere: es indubitable que hubiera llegado á tantearle las fuerzas, alguna vez de tantas como fueron avisados de Valencia. Todos saben que Rodrigo Diaz de Vivar fué solo un capitán particular, destituido de socorro de su rey; y que no tubo más poder que el de su brazo; ni más soldados que los voluntarios que por afecto le seguían: y que con no tener otro carácter, ni representación que de caballero andante (como le definió el P. Abarca en el destierro) no hubo rey, conde, moro, ni cristiano, que intentase en el espacio de nueve meses hacerle levantar el sitio, con ánimo de hacerse príncipe de Valencia.

En vista de esto, es forzoso que digamos ó que ninguno de los príncipes comarcanos apeteció coronarse rey de aquella ciudad; ó que el miedo que tenían á nuestro castellano, les quitó la gana de adquirir aquella corona. Lo primero se hace dificultoso de creer; con que lo segundo es fácil de persuadir.

Tocante al año en que Rodrigo Diaz de Vivar, ganó á Valencia, hay gran variedad en los autores. La historia general y la crónica del Cid, á quienes siguen Benter y otros, dicen, que se concluyó el ajuste de la entrega el año de mil y ochenta y siete. La historia, que empieza por el rey don Fruela II, señala el año de mil noventa y uno, y le cuenta por el año veinte y nueve del rey don Alonso.

Luis del Marmol, difiere el memorable suceso de la toma de Valencia hasta el año de mil y ciento. El P. Fray Alonso de la Espiga le alarga tres años más. No hay necesidad de detenernos en impugnar el cómputo de estos autores; por que sus mismas obras manifiestan que ignoraron la reducción de los años árabes á la era de César, y año de Cristo. En el discurso de treinta años se adelantan los moros á contar un año más que los cristianos: y así en el año de mil y noventa y tres de Cristo contaban los árabes la egira de cuatrocientos y ochenta y seis, por haberse adelantado el cómputo árabe diez y seis años desde el año de Cristo de seiscientos y veinte y dos: y así los referidos autores llevan muy errada la cuenta. Por lo cual tengo por cierto que el año en que ganó el Cid á Valencia, fué el de mil y noventa y cuatro, según dicen los anales de Toledo; y porque con este cómputo se ajustan los ocho años que reinó Hiaya en Valencia, y los nueve meses que la tuvo cercada el Cid, y juntamente los veinte y nueve años desde que murió el rey D. Alonso hasta que tomó posesión del reino de León, según la memoria de Alcobara. La historia general en dos partes, y la crónica del Cid, en una afirman que los valencianos abrieron las puertas, para que los castellanos se apoderasen de la ciudad, jueves, último día de Junio.

La concurrencia del último día de Junio, con jueves en el tiempo que el Cid andubo por el reino de Valencia, solo cayó en los años de mil y ochenta y dos, de noventa y tres, y noventa y nueve: luego parece que la toma de Valencia fué en el año de noventa y tres. Es fácil la equivocación de un día, y así juzgó por seguro el cómputo de los anales de Toledo.

Tomada la posesión de Valencia, Abenjaf hizo un rico presente y un cuantioso donativo al Cid. Este príncipe, como en todo grande, nada codicioso, avisado de que Abenjaf era muy liberal á carta agena, y que el donativo le había quitado á los vivanderos, que habían acudido á Valencia desde Mallorca, no le quiso recibir; de que recibió Abenjaf notable sentimiento, pasando á sospechar lo que había de suceder. Dió después orden á los de Aljama, ó consejo de la ciudad, para que acudiesen á la huerta nueva, en donde les dijo: que estaba cierto que por singular favor del cielo, había ganado la ciudad, pues cuando llegó la primera vez á Juballa, se había visto destituido de todo favor humano: y así por tener muy presente el favor divino, les daba palabra de procurar mantener la ciudad en equidad y justicia: y que estaba en juicio, que si daba lugar á cosa que no fuese de razón, se la quitaría quien se la había dado. Advertidos también, que solo les pedía las rentas, que

según sus leyes daban á sus señores; y que dos días á la semana, lunes y jueves, asistiría á la audiencia á sentenciar sus causas, y que si acaeciesen pleitos, que pidan pronto despacho, podrían acudir, cuando gustasen, que siempre le hallarían desocupado, porque él no gastaba el tiempo en banquetes y diversiones, «como acostumbran vuestros príncipes; y haré justicia, como la pudiera hacer el que fuese vuestro pariente y amigo». Y para que esto conste, digo, «haber tenido noticia, que Abenjaf, sin justicia ni razón ha molestado á algunos para hacerme un rico presente, y un cuantioso donativo: yo no le he querido recibir: porque no hay ley que permita hacer galanterías á costa ajena. Si alguno se siente agraviado, acuda á mí, que será proveido de justicia. También sabeis, que quité el tesoro que llevaban á Murcia los mensajeros que despachasteis á los almoravides: sin embargo de poder quedarme con él, estoy resuelto á lo que se hallare ser de particulares, se restituya á cada uno, habiendo hecho la probanza. Ahora haced el pleito de homenaje; y entretened que soy vuestro señor, y que habeis de obedecer mis decretos». Y dió orden al Almojarife Abdalla, (Almojarife es nombre arábigo, que significa administrador principal de las rentas reales), para que nombrase ministros inferiores que tuviesen la incumbencia de cobrar

las rentas: con que se resolvió la junta, y los moros quedaron gozosos. Propuso también el Cid á los moros, que si gustaban de que Abenjaf se quedase por su alcaide. Muchos de ellos respondieron: que no venían en tener por gobernador persona que por tantas causas debía morir. En vista de esto, mandó el Cid que prendiesen á Abenjaf, y que le pusiesen en cuestión de tormento y que le apretasen hasta que declarase todo el tesoro que paraba en su poder: con que el Cid y los suyos quedaron poderosos y ricos. La historia, que comienza por el rey D. Fruela segundo, de quien se ha tomado la relación de la conquista de Valencia, por estar más sucinta; la concluye diciendo «que todo se finalizó en el discurso de nueve meses y entrando el décimo».

CAPÍTULO XXXV

Victoria que consiguió el Cid del Rey de Sevilla—Presente segundo que hizo al Rey D. Alonso—Envía por su mujer é hijas.

Luego que corrió la voz de que el Cid había ganado á Valencia, Ali Aben Axa, caudillo de los almoravides, juntó un ejército de treinta mil hombres, y se le entregó á su yerno, á quien había puesto por rey de Sevilla, para que pa-

sase á quitar la ciudad de Valencia al Cid. A toda prisa caminó el moro, y puso cerco á la ciudad; pero el Cid, que no sufría verse cercado, salió luego á él con su gente, y le acometió cerca de las murallas próximas á la huerta de Villanueva. Defendiéronse los moros con valor: pero por último consiguió el señor de Valencia la victoria, dejando muertos muchos miles de moros; y en el alcance que duró hasta Játiya, fueron muertos y ahogados en el rio cinco mil.

Tres golpes alcanzaron al rey de Sevilla: con que escarmentado se escapó con solos dos mil, que componían el ejército. La historia general dice que solo quedaron con vida mil y quinientos. En esta batalla se portó con gran valor Martín Pelaez, el asturiano, á quien la industria del Cid, de cobarde, hizo muy esforzado caballero.

Habiendo vuelto al campo los nuestros, encontraron tan gran tesoro, que vino á tocar á los soldados de infantería diez mil marcos de plata á cada uno, número, al parecer, excesivo. Acaso el copiadore por haber hallado la cifra *mrs*, trasladó *marcos* por *maravedises*. El autor de la historia, que empieza por D. Fruela, asegura que el Cid cogió en esta batalla el celebrado caballo Babieca.

Recelando el Cid que algunos caballeros y soldados que se habían agregado, viéndose ricos con lo que habían adquirido en las corre-



rías y batallas, resolverían volver á su patria, hizo publicar un bando, de que ninguno marchase á su tierra sin su licencia, pena de la vida, y de la hacienda. Para asegurarse, mandó á Pedro Bermudez y á Martín Antolinez, que hiciesen muestra de toda la gente; y hallaron, que habían mil y quinientos caballeros nobles: quinientos y cincuenta soldados de á caballo, y cinco mil y quinientos de infantería, sin otra gente menuda.

Conseguida esta victoria el obispo D. Jerónimo, acompañado de su clerecía, que se había retirado á Segorbe por miedo de los almoravides que entraron en Valencia, dió la vuelta para la ciudad. Gozoso el Cid, fué á visitarle á la posada, y desde luego comenzaron á tratar como reparar las Iglesias que los moros habían reducido á Mezquitas, y el Cid ofreció rentas para la mesa del obispo y sus canónigos. Permitió nuestro príncipe que los moros tuviesen dos mezquitas, una en el arrabal de Alcudia y otra dentro de la ciudad.

Mas para que los cristianos tuviesen á donde asistir al sacrificio de la misa y á las horas canónicas como se estilaba en aquellos tiempos (por lo menos á laudes y vísperas), de nueve mezquitas hicieron nueve Iglesias, que la crónica del Cid llama colaciones y la general parroquias. Dedicaron la mayor al apóstol San

Pedro, y la que estaba cerca del Alcazar, á donde el Cid acudía de ordinarío á los oficios eclesiásticos, fué consagrada á Nuestra Señora con el título de Santa María de las Virtudes, que fué la Iglesia Catedral; como consta del privilegio que D.^a Jimena, mujer del Cid, concedió al obispo D. Jerónimo y á sus canónigos: *Sanctæ Mariæ Valentinae Sedis* Púédese ver este privilegio en el maestro Yepes. Hubiera sido cosa curiosa haber habido á las manos el privilegio que concedió el Cid, y que Gil González Dávila, puso en el archivo de Salamanca, pero no se ha podido conseguir.

Dispuesto el gobierno político y eclesiástico de la ciudad de Valencia, determinó el Cid enviar por D.^a Jimena y sus hijas que vivían en las casas inmediatas al Monasterio de Cardena. Estubo con Alvar-Fañez y Martín Antolinez y les dijo: que era razón dar aviso al rey D. Alonso, como había ganado la ciudad de Valencia con dependencia á su corona; y que había determinado que los dos pasasen á Castilla y presentasen á su magestad en reconocimiento doscientos caballos muy bien enjaezados: que le besasen la mano de su parte; y que le suplicasen diesen licencia que pasase á Valencia su familia. Entrególes trescientos y treinta marcos de oro y mil trescientos de plata: los mil marcos de plata, para que les diese á D. Sancho, abad

de Cardena, los trescientos de plata y los trescientos de oro, para el desempeño de los cofres, que quedaron en poder de Raquel y Vidas, y les dijo: que de ganancia les diesen lo que pareciese justo. Y los treinta marcos de oro restantes sirvieron para que su familia viajara con el decoro debido.

Habiendo entrado en Castilla Alva-Fañez con doscientos caballeros de su compañía, y Martín Antolinez con cincuenta; informados de que el rey se hallaba en Palencia, le encontraron al salir de misa. El rey, al ver la compañía tan lucida preguntó: qué gente era aquella. Dijéronle que eran soldados del Cid. Recibioles con notable agrado, y les preguntó:

—¿Qué noticias traéis de mi leal vasallo Rodrigo Diaz?

—Señor (digeron) Rodrigo Diaz nos envía, á que en su nombre besemos la mano V. M., poniendonos á la obediencia, como vasallo á su señor natural: y asi participa y dá noticia, de que después que partió de Castilla venció tres batallas campales, y ganó muchos castillos, y la noble ciudad de Valencia; y la ha hecho Episcopal; y ha nombrado por Obispo al honrado D. Jerónimo, nuestro capellán, para honra y gloria de la fé de Jesucristo. Y en reconocimiento del Señorío, remite á V. M. de la ganancia de la guerra estos doscientos caballos.

Maravilláronse el Rey, y los circunstantes de tan impensadas y gloriosas conquistas; y atribuyéndolas á la disposición divina, dieron muchas gracias á Dios.

El rey hizo grande estimación del presente, y de que en su nombre, movido solo de su fidelidad, hubiese tomado posesión de Valencia. Alvar-Fañez reconociendo que el rey estaba desengañado de las falacias de los émulos, pasó á representarle, que Rodrigo de Vivar pedía por merced: diese lugar, para llevar á Valencia á Doña Jimena y á las hijas. D. Alonso, conociendo la grande lealtad del Cid, y satisfecho de que en su corazón no había de tener entrada la soberanía, ni el deseo de levantarse con el título de rey de Valencia, no solo dió lugar para que Alvar-Fañez llevase la familia, sino que dió á entender que le harían gusto en que los soldados que quisiesen pasasen á incorporarse en las compañías del Cid.

Agradecido el rey, mandó á un oficial suyo, que asistiese con lo necesario á Alvar-Fañez, y á la familia de Rodrigo Diaz, hasta el último término de sus dominios; y encargó á Alvar-Fañez, que digese al Cid, que en hora buena fuese Señor de Valencia, de todo lo que había ganado, y de lo que en adelante ganare, porque el solo se contentaba con el reconocimiento y fidelidad de su corazón.

Desde Palencia vinieron Alvar-Fañez y Martin Antolinez á Burgos, en donde fueron recibidos con grandes aclamaciones de los paisanos; y fueron muy agasajados de sus parientes. Satisfechos Raquel y Vidas, Martin Antolinez desengañó á los judios, que el mayor peso que tenían los cofres, eran de piedras y arena; de que se maravillaron y conocieron la gran confianza que se podía tener de las palabras del Cid. Fueron despues los dos mensajeros al monasterio de Cardeña, en donde fué muy celebrada su llegada y entregaron al santo Abad la limosna que enviaba el Cid. Alvar-Fañez y Martin Antolinez estuvieron hospedados en el monasterio todo el tiempo que se tardó en disponer el viaje de Doña Jimena, á quien acompañaron setenta caballeros y otros muchos soldados castellanos, que determinaron pasar á Valencia, á militar bajo de la bandera del Cid. Todos fueron recibidos en la ciudad con grande regocijo, y con muchas fiestas que hicieron los valencianos.

CAPÍTULO XXXVI

Victorias que alcanzó el Cid de los Reyes Jucepb Abentexephin, Miramamolín de Marruccos y Bucar: y tercer presente que el Cid hizo al Rey D. Alonso.

Las célebres victorias que el Campeador consiguió de sus enemigos, hasta hacerse señor de Valencia, atestiguan que el Cielo favoreció al Cid con especial asistencia; y manifiestan que fué verdadera la aparición de San Lázaro, y ciertas las palabras que le dió de que no dudase acometer á sus contrarios, cuando sintiese el ardor y espíritu que había experimentado en sueños.

Si el Cid no estuviera cierto de la promesa, el haber entrado en batallas contra tan superiores fuerzas, no fuera acción de prudente capitán, sino ardiente y audaz soldado; vicio que en la guerra se paga con la vida. Consiguió siempre la victoria y alcanzó el renombre de afortunado capitán: con que se hace fácil de creer, que su árdimiento procedía de soberana virtud.

Antes de ganar á Valencia y cuando se hallaba con la robustez natural, tenía sus encuentros con los reyes particulares de Zaragoza, Denia y otros semejantes: pero cuando ya el trabajo y

la edad ejecutaban para el reposo, se vió obligado á pelear contra todo el poder de Africa, y le venció, como veremos.

Pasados tres meses despues que el Cid tenía su familia en Valencia, supo que había aportado una grande armada de africanos, capitaneados del rey Juceph, Miramolín de Marruecos (otras historias le llaman Junez) con ánimo de quitarle á Valencia. Informado Rodrigo Diaz, de que venían contra él cincuenta mil de á caballo y tantos de á pié, que por ser muchos no se ponen en número, hizo guarnecer los castillos y meter en ellos las prevenciones necesarias. Juntó la gente de los moros vasallos de quienes tenía más satisfacción, y llamó á los cristianos y les dijo:

— «Ea amigos y parientes, no ignorais los especiales favores que hemos recibido de Dios: no hay que desconfiar, que Dios nunca se cansa de ayudar á los que toman en su nombre y por su honra las armas. Un soberbio ejército de africanos viene contra nosotros: pero no hay que temer si militamos por defender nuestra santísima ley».

Como todos los soldados castellanos eran escogidos y animosos á una voz respondieron, que estaban pronto hasta vencer ó morir.

Parece que al Cid no daba mucho cuidado, que tanta morisma se hubiese conjurado contra

él; pues viendo que se habían puesto tantos millares de moros en la vega de Valencia, por notar los ademanes que D.^a Jimena y sus hijas harían como mujeres, hizo que subiesen á la torre más alta del alcazar, para que se asombrasen en mirar el ejército, y en oír la algazara y ruido de atambores, con que acostumbran caminar los moros. Atemorizáronse las señoras, y dijólas el Cid, que no tenían que temer, porque *á más moros más ganancia*; las cuales palabras quedaron en España por refran castellano. Estando en esto, reparó el Cid que unos moros se desmandaron, y entraron en las huertas; llamó á Alvaro Salvadores, y le dió orden para que saliese á ellos con doscientos caballos. Bajó puntual, hizo la seña con la campana, segun las instrucciones y la disciplina militar, en que había instruido su gente. Acudieron luego los doscientos caballos, salieron contra los que andaban en las huertas, y les acometieron tan de recio á vista de D.^a Jimena y las hijas, que les hicieron salir más que de paso y les fueron siguiendo hasta meterlos en sus tiendas, matando y golpeando á muchos. Alvaro Salvadores, por haber picado con viveza al caballo fué preso por los moros, sin que alguno de los suyos le pudiese valer.

Otro día el Cid hizo juntar cuantos soldados tenía, y les propuso las razones que había para

que defendiesen con gran valor la ciudad; y por reconocer, que la industria ha vencido más victorias que la fuerza; y que en la ocasión presente, por estar el enemigo de bando mayor, convenía discurrir como vencer al africano con arte y estratagema militar: propuso Alvar-Fañez salir de noche con trescientos caballos y ponerse en celada en el valle de Albufera, y salir al tiempo de lo más recio de la batalla, entrando por un costado de los enemigos.

Pareció al Cid muy bien la estratagema de Alvar-Fañez, y mandó que la ejecutase. Por la tarde dió orden el devoto Cid, para que todos se previniesen; y que al oír la señal, acudiesen los cristianos á disponerse con los Sacramentos de la penitencia y sagrada comunión. El Obispo cantó la misa en la Iglesia de San Pedro; y deseando este gran prelado pelear por la fé de Jesucristo, pidió al Cid que le dejase ir en la vanguardia.

Comenzaron á salir por la puerta de la Culebra, llevando la bandera Pedro Bermudez; y antes de ser de día salieron de la estrechez y de los estorbos de la huerta. Cuando los africanos vieron á los valencianos en el campo, procuraron armarse y á ponerse en forma á toda prisa. El Cid y el obispo á su lado, de modo dieron sobre los enemigos, que el Cid con su grande arte desordenó presto los primeros escuadrones, dejando en tierra á muchos sin vida.

Los moros, como eran tantos, iban cerrando á los nuestros: pero el Cid apellidando á Santiago, procuró esforzar á los suyos. En esto salió Alvar-Fañez para acometerlos por el costado. Los moros al verle juzgaron que nuevo ejército daba trás ellos: con que aturridos comenzaron á huir; y los cristianos cobrando nuevo ánimo, fueron en seguimiento hasta el castillo de Torrevera. Marchó el Cid tambien en su seguimiento y dando alcance al rey Juceph, le sacudió tres golpes, segun dice la historia general: pero libróse de la muerte, por haberse cansado el caballo Babieca. La victoria fué tan gloriosa, que de los cincuenta mil caballeros, solo quince mil que se embarcaron en las naves volvieron á su tierra. Juceph salió tan quebrantado de la batalla que no le quedaron bríos para volver otra vez á España.

Los nuestros volvieron á recoger el sueldo de la victoria, que fué tanto que no se halló tasa á su mucho precio y estimación; y sin duda, que fué mucha la riqueza hallada en el campo; porque el moro trajo más banderas en su ejército que caballeros tenía el ejército del Cid. Hallaron preso en la tienda del rey Juceph á Alvaro Salvadores; de que se alegraron mucho los castellanos; y en la misma tienda se encontró el escaño de marfil con la espada Tizona.

Celebrada la victoria, procuró el Cid hacer

participante á su rey de lo que ganaba con su sudor, como si hubiera sido el vasallo más favorecido. Determinó que Alvar-Fañez y Pedro Bermudez viniesen á Castilla, y que trajesen á D. Alonso trescientos caballos ricamente enjaezados, y pendientes de los arzones otros tantos alfanjes moriscos. Tomaron camino de Valladolid, en donde estaba el rey; y este noticioso del presente que le enviaba Rodrigo Diaz, envió á decir á los mensajeros, que no entrasen en la ciudad hasta otro día porque gustaba verlos en el campo.

Salió el rey acompañado de la nobleza, y entre ella iban los infantes de Carrión Diego González y Fernando González, hijos del conde Don Gonzalo. Pasaron primero delante del rey los trescientos caballos que llevaban de la rienda otros tantos donceles. A estos seguían los pages de los caballeros puestos en sus caballos y con las armas en la mano, y después Alvar-Fañez y Pedro Bermudez, asistido de sus compañías; y en el último lugar doscientos soldados con sus picas levantadas. Habiendo tenido el rey el gusto que se deja entender en verlos caminar de esta forma, se apearon Alvar-Fañez y Pedro Bermudez y besaron la mano á su magestad en nombre del Cid, y comenzaron á referir la maravillosa victoria que había conseguido del Miramamolín de Murruecos: y que del quinto que

le había tocado, remitía los trescientos caballos en la forma que habían pasado. Viendo Alvar-Fañez, que se había admirado el rey de que el Cid hubiese conseguido tan gloriosa batalla, y que hacía grande aprecio del rico presente, que le enviaba, considerando que en enviarle no había lugar á discurrir otro motivo que el de su grande fidelidad, pues ya tenía en Valencia toda su familia, dijo Alvar-Fañez: Señor, aun os remite la rica tienda que dejó en el campo el rey Juceph. El rey mandó que la descogiesen y armasen. Alabóla mucho y volvió á dar muestras de que estaba muy agradecido del Cid, y dió orden que aposentasen á Alvar-Fañez y á Pedro Bermudez con todo regalo y asistencia. Despues de esto entran las historias contando las pretensiones de los infantes de Carrión para casarse con las hijas del Cid. Pide este punto especial exámen: y asi se reserva para el capítulo siguiente, por concluir ahora con las victorias que en vida consiguió nuestro gran Capitán castellano.

El rey Bucar tomó con empeño vengar el descrédito que padecieron los almoravides en haber sido vencidos del Cid, porque no era príncipe coronado. Tomó tan á pecho esta empresa que procuró juntar cuantos príncipes y soldados pudo sacar de todos los dominios de su hermano Juceph, Miramamolin de Africa.

Juntarónse (segun dice Giliberto, historiador de los reyes moros de Africa, autor citado por el de la crónica del Cid) veinte y nueve reyes sin los capitanes que venían en el ejército. Junta esta soberbia armada, desembarcó en la playa de Valencia, sabedor el Cid del aparato grande con que venía el rey Bucar, procuró prevenir su gente para triunfar del moro.

Habiendo llegado al campo que llaman del Cuarto, hicieron en él su asiento y armaron cinco mil tiendas de seña y otras muchas de soldados particulares. Desde el Cuarto envió el rey Bucar al Cid, un mensajero llamado Jamed. El Cid mandó que entrase, y el moro al ver á Rodrigo Diaz sentado en su asiento, quedó tan pasmado y aturdido, que no pudo hablar palabra. Había Dios puesto en el Cid tal severidad contra los moros, que á la primera vista y cuando se ponía severo, á todos dejaba pasmados.

Mudó el Cid de semblante, y le dijo que propusiese las razones de su embajada. Recobrado, dijo: señor Cid Campeador, el rey Bucar me envía á decir que le tenéis enojado, muy enojado, porque le tenéis á Valencia, que había sido de sus abuelos; y porque desbaratasteis á su hermano el rey Juceph, y que se halla en el campo del Cuarto con veinte y nueve reyes para tomar venganza y recobrar su reino de Valencia, á

pesar vuestro y de vuestros soldados. Mas porque tiene entendido que sois caballero discreto y atento, dice que se contenta con que le dejéis á Valencia, y que asegura daros paso franco para que podáis caminar á Castilla con vuestros soldados, bienes y haciendas; y que si no lo ejecutais así, hará en vos tal escarmiento, que quede por proverbio entre los cristianos el castigo.

Mucho sintió el Cid los fueros y amenazas del moro; pero sin explicar el menor susto, volviendo á ponerse severo le dijo: andad, y no os detengais; decid á vuestro amo, que he comprado á Valencia á costa de mucho sudor mio, y de mis nobles caballeros y soldados, y que quien la supo ganar, la sabrá también defender: y añadid, que no esperaré á que me defiendan las paredes y torres de los muros: que cuando vuestro amo no quisiere pelear, yo saldré á buscarle al campo, porque no me han acobardado, ni me acobardarán cuantos turbantes pueden venir de la morisma. Andad y no me volvais otra vez con semejante embajada. Maravillado el rey Bucar de la respuesta, trató de pasar á poner sitio á la ciudad.

El Cid, en cumplimiento de su palabra, y en consideración de que no le estaba á cuento que le cercasen, porque no tenía de quien esperar socorro; trató de disponer su gente para salir al campo otro día de madrugada. Habiendo confe-

sado (antiguamente decían manifestado) y comulgado los cristianos, como acostumbraban antes de rayar el alba, salieron de Valencia y del estrecho de las huertas. Compuso el ejército en esta forma: fió la vanguardia de Alvar-Fañez, asistido de quinientos caballos y mil quinientos peones; y en la diestra puso á Martín Antolinez y Alvaro Salvadores con otros tantos de á caballo y de á pié. En la izquierda (de que no hace mención la crónica manuscrita del Cid) puso al obispo D. Jerónimo, como dice la historia general con seiscientos caballeros y mil seiscientos infantes; y el Cid, acompañado de los Infantes de Carrión y asistido de mil caballeros armados de cota de malla y de dos mil y quinientos infantes.

Dispuesto el ejército en en esta forma, se enderezó hacia el ejército de los moros, y dando sobre ellos por diferentes partes, sobre no estar los moros desordenados, los enredó, de modo que hizo que unos á otros se embarazasen y confundiesen. El Cid, como gran maestro en el arte militar, ponía gran cuidado en desencuadrar y confundir al ejército enemigo. Al ver el Cid desordenadas las primeras líneas, acudió á la parte que más había perdido el tino, en la cual hizo tal destrozo, que comenzaron algunos á volver las espaldas: pero como eran tantos, prosiguieron otros con la batalla, que duró hasta las tres de la tarde: pero por último venció el

Cid. Fueron los nuestros en su seguimiento, y alcanzando el Campeador á ver al rey Bucar, picó su caballo con ánimo de alcanzarle; más no pudiendo al entrar en un bajel le tiró la espada con que le hirió en las espaldas.

Murieron en esta batalla muchos de los nuestros: pero sin comparación fueron muchos más lo que murieron del ejército enemigo. La historia general no señala el número. La crónica del Cid llegó á contar diez y siete mil; y dice, que fueron muchos más los que murieron en la retirada, y ahogados en la mar, por lo mucho que temían la espada que les seguía.

De los veinte y nueve reyes, quedaron muertos los doce. El Obispo de Palencia D. Rodrigo Sanchez, alegando los anales escritos en aquel tiempo, que hablan de esta batalla, dice, que murieron más de treinta mil moros, sin contar lo que fueron ahogados y otros muchos que quedaron cautivos. Consta de las palabras de este autor, que además de las historias que tratan de las hazañas del Cid, y que han llegado á nuestros tiempos, ha habido otras distintas en que se conoce que los antiguos procuraron dejar estampadas á la posteridad para ejemplo y admiración, las hazañas memorables del Marte burgalés. Así la relación que dejamos puesta como el Arzobispo D. Rodrigo, hacen mención de esta y otras batallas, que el Cid

venció contra los almoravides. Solo advertimos, que parece dar á entender que hasta que venció al rey Bucar, no se apoderó de Valencia. Pero esto debe explicarse en el sentido de qué hablan de la pacífica posesión en que quedó el Cid, vencido el rey Bucar.

CAPITULO XXXVII

Relación del casamiento de las hijas del Cid con los Infantes de Carrión.

Desde que Rodrigo Diaz de Vivar despachó á Alvar-Fañez y á Pedro Bermudez con el tercer presente, que hizo al rey D. Alonso de los tres cientos caballos y de la tienda del rey Juceph, la crónica del Cid, la historia de Vivar, la general del rey D. Alonso, y otras historias manuscritas antiguas, empiezan á tratar de los casamientos de los infantes de Carrión con las hijas del Cid tan estendidamente que llenan muchas hojas.

Referiremos aquí los lances, según los escribieron los autores en las historias, que empiezan por D. Ramiro y D. Fruela, segundos de estos nombres, porque hemos advertido, que trabajaron en discernir los sucesos históricos de las fantasías de los copleros.

Al ver los infantes de Carrión el rico presente

que el Cid había hecho al rey D. Alonso, la grande estimación que mostró tener el rey á la persona de Rodrigo Diaz por el singular valor y fidelidad que mostró á su señor, imaginando llegar á ser señores de Valencia; trataron de casarse con Doña Elvira y Doña Sol. Como personas principales del Reino, comunicaron su pretensión con el rey y le suplicaron los favoreciese con su propuesta.

Pensó en ello D. Alonso, y les dijo, que sus intentos más eran para tratar con Rodrigo Diaz de Vivar, pues conocían su entereza, que con su persona; sin embargo le daré aviso de vuestros deseos por medio de Alvar-Fañez y Pedro Bermudez; y enviaré á decirle, que se vea conmigo en Toledo.

El Cid informado de los mensajeros, les preguntó: ¿Qué les parecía? Respondieron que en el caso no podían dar consejo; que como padre ejecutase lo que le pareciese más conveniente; conque dijo el Cid: *Los infantes de Carrion son omes fijosdalgos, é muy lozanos, é aun muchos parientes, é por ende me placirá.* Y supuesto que el rey gusta, que vayamos á Toledo, dispongámonos para la jornada en la mayor y mejor forma que pudieramos.

Avisado el rey de que el Cid estaba cerca de Toledo, le salió á recibir; y luego que vió al rey se apeó de su caballo y se echó al suelo para

besarle los piés. El rey le dijo: levantaos arriba, Cid, que no gusto me beseis los piés.

Instaba el Cid; pero el rey alargando la mano dijo: besad solo la mano, y así os recibiré en amistad. Señor, respondió el Cid, otorgadme vuestro amor, y de modo que todos los presentes lo lleguen á entender; de que todos se alegraron mucho, excepto el conde García Ordoñez y Alvaro Diaz. El rey llevó al Cid á palacio, y le tuvo aquel día de huésped. Otro día después que llegó á Toledo, llamó el rey al Cid, y le dijo: Rodrigo Diaz, por dos cosas os he llamado: la primera para veros, porque hago de vuestra persona mucha estimación, y os agradezco los singulares servicios que me habeis hecho, movido únicamente de vuestro honrado proceder, y sin reparar en las quejas que podais tener, por haberos desterrado de mis dominios. La segunda es, porque deseo acomodar á vuestras hijas con los infantes de Carrión: en que parece no van á perder nada, pues son de igual calidad. Respondió el Cid. Yo soy su padre, V. M. es señor y rey, y ellas y yo estamos rendidos á vuestras órdenes: y así el gusto de V. M. será el nuestro. Al oír el rey la respuesta, mandó á los infantes que fuesen á besar las manos á Rodrigo Diaz: que cambiasen las espadas, y que hiciesen el homenaje que los yernos acostumbran á hacer á suegros. Dijo el rey á Alvar-

Fañez, que en su nombre hiciese la función de padrino; y ofreció trescientos marcos de plata. El Cid pidió al rey que diese permiso para que fuesen á Valencia los caballeros que gustasen pasar á las fiestas de las bodas. El rey con todo gusto concedió el permiso. Hechos los conciertos, y el Cid habiendo presentado al rey treinta caballos enjaezados, se volvió á Valencia con los infantes que aposentó en el Alcudia.

Al día siguiente salió el Cid al Alcudia, para llevar á los infantes al Alcazar. Habiendo entrado en la sala y estrado, donde estaban esperando Doña Jimena y las hijas, dijo á Alvar-Fañez, que cumpliese con la orden del rey D. Alonso. Alvar-Fañez tomando á sus primas de la manos, y peniéndolas junto á los infantes, dijo: *Diego Gonzalez, é Ferrán Gonzalez, y ó vos entergo estas doncellas fijas del Cid Campeador, por mandato del rey D. Alonso mi Señor, asi como me él mandó; é vos, que las recibais por vuestras parejas, asi como manda la ley de Jesucristo: E los infantes recibieronlas por las manos.*

Despues el obispo D. Jerónimo, que se hallaba presente las desposó, y otro día las casó y veló en la Iglesia de Nuestra Señora de las Virtudes. Siguiéronse grandes fiestas celebradas con corridas de toros y otros divertimientos, que duraron siete días. Concluidas las fiestas, los

caballeros, que vinieron en asistencia de los infantes, dieron la vuelta para Castilla; y por despedida, el Cid agasajó con ricos presentes á los caballeros, según la calidad de cada uno.

A los dos años que los infantes estaban en Valencia, sucedió, que estando el Cid gozando del reposo de la siesta, se soltó un león que tenía en el corral del palacio, y subió á donde estaban los señores. Al verle suelto, se asustaron todos. El infante D. Diego procuró esconderse detrás del estrado, donde el Cid tenía su asiento: y el infante D. Fernando se retiró huyendo detrás de la viga, que servía de prensa de lagar. Los caballeros acudieron al cuarto, en donde reposaba el Cid. Despertó al ruido, y al preguntar la causa de haber entrado en su aposento, respondieron: Señor, el león se ha salido de la red de hierro, y nos ha puesto en gran susto. Levantóse el Cid, cogió al león de la melena y le encerró en la jaula en que le habían criado. Preguntó por los yernos: pero aunque oyeron que los llamaban, de miedo no se dieron por entendidos, ni hubieran salido fuera, si no los hubieran asegurado que ya estaba encerrado el león. Cuando vieron que salían perdido el color del susto, los caballeros comenzaron á darles chasco por el valor que habían mostrado al ver la fiera.

El Cid se puso de parte de los infantes, pero no por eso dejaron de sospechar que se discurreió la soltura del león, para zumbarse de ellos. Comunicaron con su tío Suero Gonzalez el sentimiento y éste les persuadió que disimulasen, hasta ver en qué paraba la guerra que venía á hacer el rey Bucar; y que si vencía el Cid, como se esperaba, le pidiesen licencia para volverse á Carrión con sus mujeres, como se la pidieron. Al despedirse el Cid les dió las espadas, Tizona y Colada; con otras preciosas alhajas de vestidos, de oro y de plata, con una rica vajilla y muy alentados caballos.

Salióles á despedir el Cid acompañado de sus principales caballeros: pero habiendo reconocido, que el genio de los infantes, no correspondía á su nobleza, encargó á Felix Muñoz, que fuese acompañando á los infantes hasta Carrión, y que notase como se portaban con sus hijas. Habiendo pasado por Albarracín y Medinaceli, y tomando el camino que está entre Atienza y San Esteban de Gormaz, llegaron al Robledo de Corpes, en donde hicieron noche. Otro día dieron orden á la compañía que marchase adelante; y quedándose los infantes con sus mujeres, las desnudaron y ajaron de modo que las dejaron por muertas.

Felix Muñoz entró en sospecha que los infantes no se habían quedado por bien en la posada

del Robledo; conque dió la vuelta algo apartado del camino, y de modo que llegó á percibir, que se iban alabando los infantes de los desafueros que habían ejecutado en las hijas del Cid. Felix Muñoz los dejó pasar adelante, y se volvió á la posada en donde quedaban sus primas. Al verlas tan afligidas, procuró consolarlas y animarlas, para marchar luego de allí, temeroso de que echándole de menos en la compañía, que iba adelante diesen la vuelta y pasasen á ejecutar otra acción peor. Las señoras se esforzaron de modo que otro día llegaron por camino extraviado á la torre de D.^a Urraca, que estaba en las riberas del Duero. Dejando á sus primas allí, marchó á San Esteban, en donde vivía Diego Tellez, vasallo que había sido de Alvar-Fañez, y contóle el fracaso que había sucedido con las hijas del Cid. Luego al punto dispuso vestidos y caballerías y fueron á la torre de D.^a Urraca, llevándolas á San Esteban, y la gente principal las salió á recibir, y las agasajó con cuanto necesitaron. Divulgóse el suceso por toda la tierra, de modo que en breve tiempo llegó á oídos del rey D. Alonso, de que recibió gran pesar.

No tardó en llegar la noticia á Valencia, el Cid recibió agravio y protestó que los infantes no se habían de alabar de la acción. Despachó luego á Alvar-Fañez, á Pedro Bermudez y á

Martin Antolinez, con doscientos caballos para que le trajesen á sus hijas. Llegaron á San Esteban y hallaron á sus primas ya buenas y sanas Alvar-Fañez dió las gracias á los de San Esteban por la urbanidad con que se habían portado.

Otro día tomaron el camino para Valencia y estando ya cerca de la ciudad salió el Cid á recibirlas, y luego que las vió las consoló, diciendo que por su cuenta corría la satisfacción de las injurias que habían recibido de los infantes de Carrión. Trató despues de enviar á Nuño Gustios á Castilla, para que informase al rey de la fea acción que habían ejecutado los infantes con las mujeres que habían recibido por su orden y disposición; y que así que no corría por tanto por cuenta suya, aunque era padre, como por la de S. M., la satisfacción de agravio tan grande,

Encontró Nuño Gustios en Sahagun al rey D. Alonso; y habiéndole recibido con agrado, oyó la comisión, y le dijo: que estaba resuelto á juntar dentro de siete semanas cortes en Toledo, y hacer que concurrieran á ellas los infantes, que se viese y se sentenciase la causa; y así que para este tiempo podía concurrir Rodrigo Diaz.

Luego que Nuño Gustios llegó á Valencia, el Cid trató de disponerse para la jornada, y avisó



á sus principales caballeros para que se dispusiesen tambien. Llegado el día de la marcha, dejó al obispo D. Jerónimo por gobernador de Valencia, y á Martin Pelaez con quinientos caballeros para que cuidasen de la ciudad.

Partió el Cid para Toledo en compañía de Alvar-Fañez, que por su cuenta llevaba doscientos caballeros: de Pedro Bermudez asistido de ciento; Martin Antolinez y Martin Fernandez burgaleses, que llevan otros ciento; de Felix Arias y Oveco Sanchez, acompañados de otros tantos; de Martin Salvadores, Pedro Gonzalez, Martin Muñoz, D. Nuño Sona, que pobló á Cobilla, Alvaro Bermudez, señor de Monforte, que hizo población en Osma, y Gomaz Fernandez, que extendió la población de Pampliega; los cuales llevaban por su cuenta cuatrocientos caballeros, que en todos llegaban al número de novecientos. Estas compañías de caballeros son las que nombra la crónica manuscrita del Cid: la impresa, y la historia general señalan otros señores, que son Gonzalo Muñoz de Urbaneja, Nuño Rabia, Juanez Cornejo, D. García de Roa y Sarracin su hermano, señor de Aza, y Antolin Sanchez de Soria.

Además de estos señores iban quinientos escuderos, hijos-dalgos y otros de la disciplina militar, que antiguamente llamaban de Criazón, con otra mucha gente de á pié, y todos rica-

mente vestidos. Noticiósó el rey D. Alonso de que el Cid estaba cerca de Toledo, mandó que le aposentasen en los palacios de Galiana, y salió á verle á dos leguas de la ciudad, en donde el Cid le besó la mano y le suplicó que diese lugar para hospedarse en San Servando: en cuyo campo pudiese su gente asentar las tiendas.

Otro día habiendo asistido á maitines en el monasterio de San Servando, y oido misa, dió orden á los caballeros que se armasen, que sobre las armas se vistiesen de los pellotes (asi se llamaban á los mantos de los caballeros) y sobre los mantos llevasen las espadas, En esta forma montaron á caballo, y fueron á ver al rey, quien recibió al Cid con demostraciones de afecto, y tomándole de la mano, le hizo que se sentase á su mano derecha, aunque el Cid hizo instancia á sentarse junto á sus caballeros.

Sentados todos los señores, dijo el rey Don Alonso: «En tanto tiempo como ha que recibí la corona, solo he celebrado dos cortes, una en Burgos y otra en Carrión; y ahora se tiene esta para que se vea la querella que Rodrigo Diaz de Vivar tiene contra Diego Gonzalez y Fernando Gonzalez, infantes de Carrión» y nombró el rey por jueces en la causa á los condes D. Ramón y á D. Enrique sus yernos. Levántose entonces el Cid, y dijo «Señor, estimo mucho que en aten-

ción mia hayais juntado cortes: y asi con vuestra licencia propongo la queja que tengo contra los infantes de Carrión, por haber desamparado y maltratado á mis hijas en el Robledo de Corpes; y asi que me restituyan las espadas Tizona y Colada, que les dí para que con ellas sirriesen á V. M.» En señal de que uno adoptaba á otro por hijo, se estilaba que el adoptante entregase al adoptado las armas, como escribió Casiodoro: *Per arma fieri posse filium, grande iuter gentes constat, esse præconium*: y asi el Cid en demostración de que desadoptaba á los infantes, entró primero pidiendo las espadas que los había entregado, para proceder despues contra ellos. Vinieron en la demanda las partes, juzgando que el Cid no pasase á hacer otra. Prosiguiendo en la demanda advirtió, que había dado á los infantes, como á yernos, el valor de tres mil marcos en diferentes piezas de oro, de plata y otras alhajas: y asi que pedía que se las volviesen, como se las volvieron, aunque no en la misma especie, porque ya las habían expendido. Por último reptó el Cid á los infantes, por la alevosía, que ejecutaron en maltratar y desamparar á sus hijas.

Reconociendo el conde García Ordoñez, enemigo declarado del Cid, que los infantes no saldrían con lucimiento del campo, dijo: «que los infantes no habían recibido á las hijas del Cid

por mujeres, sino por barraganas, porque los infantes en atención á su calidad solo se podían casar con hijas de reyes ó emperadores. Sobre esto se encendió tanto la cólera, que se digeron los nombres más indignos, hasta que el rey decretó que al día siguiente Pedro Bermudez y Martin Antolinez saliesen al campo con los dos infantes; y que Nuño Gustios entrase en la lid con Asur Gonzalez. Estando en esto entraron dos caballeros llamados Ochoa Perez y Iñigo Jimenez, en nombre del infante de Navarra y del infante de Aragón, á pedir por mujeres á las hijas del Cid; pero de este casamiento se tratará adelante. Alvar-Fañez sentido de que no le hubiese tocado la suerte de que jugase su espada en el repto, se levantó y dijo: «Señor rey D. Alonso, yo tengo gran sentimiento por la deshonra que los infantes de Carrión hicieron á mis primas y porque yo en vuestro nombre hice en el casamiento el oficio de padrino, y asi si hay alguno que quiera defender á los infantes, aquí estoy yo, que defenderé mi partido.» A esto respondió Gomez Pelaez: Alvar-Fañez bastante habeis dicho; pero estad en inteligencia que no faltará quien quiera medir su espada con la vuestra.

El rey mandó que callasen, y que los desafiados saliesen al campo al día siguiente. Pareciendo á los infantes que estaba muy próximo

el plazo, dado por disculpa que no tenían caballos, ni espadas, pidieron por merced, que se difriese por algunos días. El rey no venía en la dilación; pero á instancias de los yernos don Ramon y D. Enrique y del conde D. Nuño Alvarez de Lara, y en vista de que no lo repugnaba el Cid, se dilató el plazo por tres semanas, y se determinó que el campo se tuviese en la Vega de Carrión. Las personas principales entre otros ricos-hombres que hallaron en estas cortes, fueron los condes D. Ramón, D. Enrique, D. Fruela, hermano de la mujer del Cid, D. García Ordoñez, D. Alvaro Diaz, D. Gonzalo Asurez, don Pedro Ansurez, D. Vela, el que pobló á Salamanca, D. Suero de Castro, D. Suero de Campos, de quien proceden los Villalobos, Osorios y Ponces de León, y D. Rodrigo, ascendiente [de los señores duques de Osuna: y D. Nuño Alvarez de Lara. Estos cinco señores últimos con el conde D. Ramón, creemos, que fueron los Jueces que asistieron al desafío.

Satisfecho el Cid de lo decretado, se explicó muy agradecido al rey y procuró hacer ricos presentes á los jueces que recibieron en parte: con que el Cid trató de marchar á Valencia. Al despedirse el Cid de D. Alonso se explicó el rey bien servido de los ricos presentes que le había hecho, y le aseguró, que haría que se tuviese cuidado de los tres caballeros, que habían de

lidiar con los infantes; y para mayor seguridad los nombró por guardas de la persona de Don Ramón su yerno. Estando ya el Cid para marchar, salió el rey á despedirle; y por despedida habiendo el Cid hecho muestra de la destreza del caballo Babieca, se le ofreció al rey; pero D. Alonso dijo: que bien empleado estaba en su servicio.

Por último Rodrigo Diaz amonestó á Pedro Bermudez, Martin Antolinez, y á Nuño Gustios, que se portasen en la lid como buenos caballeros; y ellos ofrecieron que defenderían su justicia, y que primero habían de confesarse muertos que vencidos.

Llegado el plazo de la lid, mandó el rey que se armasen los caballeros, que habían de salir al campo; y previno á sus yernos D. Ramón y D. Enrique que armados y asistidos de su compañía, guardasen el campo, porque temía que los parientes de los infantes tuviesen urdida alguna trama contra los caballeros del Cid; y así mandó publicar que ninguno, pena de la vida, se atreviese á hacer daño alguno á dichos caballeros.

El conde D. Gonzalo Gonzalez padre de los infantes, persuadiéndole el corazón lo que había de suceder á sus hijos, se lastimaba mucho; y los infantes y el tio Asur Gonzalez, comenzaron á mostrarse arrepentidos de lo que habían ejecutado con las hijas del Cid.

El rey D. Alonso por su persona introdujo en el campo á los caballeros del Campeador: y los infantes entraron en él asistidos de los parientes y amigos.

Fueron nombrados por fieles de la lid doce caballeros nobles, que señalaron la circunferencia del campo, disponiéndola de modo que la gente que había concurrido á ver la lid, estuviese distante una de otra siete picas. Por último habiendo lidiado unos y otros con gran valor, los infantes y Suero Gonzalez viéndose muy mal heridos y maltratados, se dieron por vencidos.

Concluida la lid, entró el rey acompañado de muchos nobles, y preguntó á los jueces, ¿si los caballeros del Cid habían ganado el campo? Respondieron que habían vencido, como soldados instruidos por el Campeador. Viendo el rey que todos á una voz decían lo mismo declaró por alevosos á los infantes, y á su tio Asur Gonzalez; y mandó á su mayordomo que los despojase de los caballos y armas; y á los caballeros del Cid despachó para Valencia, asistidos de sus soldados hasta ponerlos fuera de sus dominios.

Esto es en suma lo que refieren la historia general, y la de Vivar y la crónica del Cid, sobre que hay diversos pareceres entre los historiadores modernos que escribieron desde el siglo de mil y seiscientos. Entre los antiguos no hemos visto

alguno que lo contradiga, hemos visto muchos manucristos que lo afirman, aunque no con tanta extensión, de los cuales referiremos algunos.

El obispo de Palencia D. Rodrigo Sanchez, autor muy versado en letras divinas y humanas, y muy leído en las historias, como dan á entender las muchas obras que escribió, y la mucha estimación que hicieron de su literatura los reyes D. Juan II, y Enrique IV, y el erudito pontífice Pio II: traducido en romance este autor dice: *Que Rodrigo de Vivar habiendo partido de Valencia acompañado de novecientos soldados escogidos, llegó á Toledo, en donde el rey D. Alonso celebraba sus cortes, para proveer de justicia á los infantes de Carrión por las injurias que hicieron á sus mujeres, hijas del Cid. Noticioso el rey D. Alonso, le salió á recibir, honrándole mucho; y para mostrar la mucha estimación que hacia de su persona, se portó con él muy humano, así en el camino, como por la ciudad, hasta ponerle en la posada, que estaba dispuesto. Otro día, habiendo ido el Cid á visitar al rey, preguntó á S. M.: Que en donde gustaba que él, y sus caballeros tomasen asiento. Respondió el rey, no tan político, como prudente: Son tan grandes vuestros méritos, que convenia, que los dos tuviésemos un asiento: porque el que vence reyes, con los reyes se debe*

sentar: y así determinó, que en adelante vuestro asiento esté contiguo é inmediato al Trono real. Hasta aquí el obispo de Palencia. Una historia manuscrita en pergamino, que comienza por el rey D. Pelayo y se conserva en la librería de los manuscritos del Escorial, trata de los casamientos que Diego Gonzalez y Fernan Gonzalez tuvieron con las hijas del Cid. Sépase que esta historia puso con esta cifra G. C. S. los nombres patrominicos de los infantes. En el monasterio de Carrión se conservaba otra historia antigua manuscrita, y trataba de los mismos casamientos. Las memorias antiguas de Cardena hacen mención tambien de dichos casamientos por estas palabras: *He ovieron dos fijas el una digeron Doña María, é fué casada con el rey de Aragón: é al otra digeron Doña Cristina, é fué casada con D. Ramiro Sanchez, rey de Navarra: é primeramente fueron casadas con los infantes de Carrión.* Propondré ahora las razones que que tuvieron algunos historiadores, para formar el juicio, de que es novela, cuanto dicen las historias, tocante á los casamientos de los infantes de Carrión con las hijas del Cid.

La primera es, que la historia general llama al padre de los infantes Gonzalo Gonzalez, á los infantes Diego Gonzalez y Fernan Gonzalez; y á las hijas del Cid, D.^a Elvira y D.^a Sol: siendo cierto que el padre de los infantes se llamó

Gomez Diaz; los infantes tuvieron por nombre Diego Gomez y Fernan Gonzalez; y á las hijas del Cid, D.^a Cristina y D.^a María.

Fundase la segunda razón en que el rey Don Alonso se hiciese casamentero de los infantes con tanto conató, que pasase á Requena á verse con el Cid; y que después en las cortes de Toledo se atreviese á reptar á los infantes; y que los de un bando y otro se tratasen muy mal de palabras y obras delante de la magestad real. La tercera razón estriba, en que dice la historia, que celebrándose las cortes, y estando en ella los infantes, entraron los embajadores de los reyes de Aragón y Navarra á pedir por mujeres para sus hijos á las hijas del Cid; y esto es mostrar que castellanos, aragoneses y navarros eran idiotas, pues ignoraban que es ley divina, que en tanto, que vive el primer marido, no puede la mujer casarse con otro: y lo que hace más fuerza es que el arzobispo D. Bernardo, primado de España, y legado apostólico, pasase por estos matrimonios; y que el obispo D. Jerónimo celebrase unos y otros casamientos. La cuarta razón se toma de la correspondencia de tiempo: porque los casamientos de los infantes, se cuenta haber sido celebrados despues del año de mil y noventa y cuatro; y el padre D. Gomez Diaz, de quien se dice que lloraba amargamente al

ver que los hijos habian de salir á pelear con los caballeros del Cid, murió año de mil y cincuenta y siete; y el infante su hijo D. Fernando falleció año de mil y ochenta y tres. Persuadidos de estos argumentos, que se formaron en el siglo pasado, muchos historiadores han tenido, y tienen por novela cuanto se dice de los casamientos de los infantes de Carrión con las hijas del Cid.

Si fuera cierto, que no había habido en aquellos tiempos más caballeros intitulados infantes de Carrión, que los hijos del conde D. Gomez Diaz y de D.^a Teresa, hacíase evidencia que los referidos casamientos eran ficciones inventadas por los coplistas de aquellos tiempos. Pero mostrando que todos los descendientes de la infanta D.^a Cristina, hija del rey D. Bermudo II y de D.^a Velasquita, heredados en Carrión, fueron llamados infantes, se verá que no es cierta la suposición en que se fundaron el primero y último argumento, con que se ha pretendido desvanecer la historia de los referidos casamientos. Ya vimos que en el cronicon de Cardeña, hablando del rey D. Bermudo II, dice: *De este salieron los infantes de Carrión.*

Tambien dejamos dicho, que las memorias antiguas inmediatas al referido cronicon advierten que las hijas del Cid, primeramente fueron casadas con los infantes de Carrión.

Acerquémonos ahora á ver que infantes de Carrión pudieron ser estos. El obispo de Oviedo D. Pelayo, esplicando la sucesión de D.^a Cristina, mujer del infante D. Ordoño el *Ciego*, dice, que tubo muchos hijos é hijas: es á saber, á don Alonso, á D. Ordoño, á D.^a Sancha Ordoñez y á la condesa Aldonza, que fué mujer del diácono Pelagio Froyla, de cuyo matrimonio nacieron el conde Pedro Pelaez, Ordoño Pelaez, Pelagio Pelaez, Munio Pelaez, y la madre del conde don Suero y de sus hermanos, y á D.^a Teresa, condesa de Carrión, que edificó la Iglesia de San Zoil. El arzobispo D. Rodrigo, D. Lúcas de Tuy y la general, refieren la misma genealogía, y despues advierten que todos estos fueron llamados infantes de Carrión. Antes de llegar á contar la sucesión de D.^a Teresa y de D. Gomez Diaz, condes de Carrión, hallamos once personas descendientes del rey D. Bermudo II, á quienes se dió el título de infantes de Carrión. Los autores modernos que quisieron entender que la historia general y crónica del Cid, hablan de D. Diego y de D. Fernando, hijos de los condes don Gomez Diaz y de D.^a Teresa, y que estos fueron los infantes que casaron con las hijas de Rodrigo Diaz de Vivar; parece que se persuadieron que de los once infantes descendientes de la infanta D.^a Cristina, solo D.^a Teresa llegó á tener sucesión, ó que aunque la tubie-

sen, no heredaron el título de infantes. De nada de esto se hacen cargo los referidos autores: con que las hijas del Cid pudieron ser casadas con D. Diego Gonzalez y Fernan Gonzalez, infantes de Carrión, descendientes de D.^a Cristina, por la línea de los tios ó hermanos de la infanta doña Teresa, y consiguientemente ser verdadera la historia de los casamientos de los infantes de Carrión con las hijas del Cid.

Pasemos ahora á ver si hallamos los nombres de los infantes y del padre, y juntamente el del padre de Asur Gonzalez, tio de los infantes, que son los nombres que se hallan en dichas historias. Salazar de Mendoza, que se desveló en registrar los pergaminos antiguos, y en notar las firmas de las personas ilustres de estos reinos para componer su libro de las dignidades seglares, hablando del título de infante, dice: que tubieron este título, *los de Carrión D. Diego y D. Fernando Gonzalez, hijos del conde D. Gonzalo, Señor de Carrión, por ser descentientes de los reyes, según escribieron el Conde D. Pedro de Portugal, Jerónimo Zurita y Argote de Molina.*

El padre Guardida en la historia de Sahagun, dice que Gonzalo Gonzalez casó con D.^a Aldouza, y que tubieron por hijos á D. Gonzalo Gonzalez, á D. Gomez Gonzalez, y á D. Suero Gonzalez. Gonzalo Gonzalez, fué padre de Don

Diego, y D. Fernando Gonzalez que casaron con las hijas del Cid. Lo mismo afirman Beuter y el padre Cisneros, monje de Carrión, en las curiosas noticias que recopiló de los archivos.

La historia general llama al padre Asur Gonzalez, tio de dichos infantes, con los mismos nombres que al hijo. Pero la crónica del Cid, así la impresa como la manuscrita, le llama Gonzalo Ansurez; y á este parece, que Salazar de Mendoza hace hermano del conde Pedro Asurez, y á ambos los hace hijos de Asur Perez, como también el Sr. D. Luis de Salazar y Castro, en la casa de Silva. En la donación que el rey D. Alonso hizo al monasterio de Aguilar, á instancias del Cid, firmó el conde Gonzalo Asunrez. Es también de advertir, que la villa de Carrión no se decía del Conde, como se solía decir de Palencia del Conde, y de otros lugares, sino de los Condes, porque Carrión como consta de muchas escrituras del archivo de San Zoil, era gobernada por dos ó más condes, acaso por haberse dividido entre herederos, que en aquel tiempo llamaban diviseros. Y consta, que por lo menos estaba dividida entre dos condes, como dan à entender las murallas, y puertas, de que aun hoy perseveran algunas señales: Y se dice, que la mitad de la villa, que cae al Setentrion, pertenecía á Gomez Diaz, padre de los infantes D. Diego y Fernando Gomez, y la otra mitad

pertenecía á otro conde de la familia descendiente de D.^a Cristina, que sería acaso Gonzalo Gonzalez, padre de los infantes Diego y Fernando Gonzalez, que fueron los que casaron con las hijas del Cid, y los que nombran las historias: y así haber entendido, que D. Fernando y D. Diego Gomez, hijos de Gomez Diaz y de D.^a Teresa, fueron los que casaron con las dichas señoras, fué equivocación, que quitada, quedan sin ninguna fuerza el primero y último argumentos.

El segundo, que estriba en que las hijas del Cid se llamaron D.^a María y D.^a Cristina, y no D.^a Elvira y D.^a Sol, no hace mucha fuerza por que cada una de éstas señoras pudo tener dos nombres.

El P. Moret prueba con instrumentos auténticos, que algunas señoras en la antigüedad (y ahora se estila) tenían dos nombres. La mujer del rey D. García I de Navarra, se halla con los nombres de Teresa Iñiga y Endergoto. La mujer de D. Ramiro II de León, se llamaba D.^a Teresa Florentina Sanchez. D. Sancho el Mayor de Navarra en las donaciones que hizo á S. Millán, llama á su mujer D.^a Munia. En los privilegios de la Iglesia de Pamplona unas veces la nombra D.^a Munia y otras D.^a Mayor, y con este nombre se lee en los privilegios de Castilla.

El arzobispo D. Rodrigo y otros historiadores

la llaman D.^a Elvira. A este modo las hijas del Cid pudieron tener dos nombres: la primera doña Cristina Elvira y la segunda D.^a María Sol, y los escritores unos tomaron un nombre y otros otro. El rey D. García Ramirez, nieto del Cid, en una donación que concedió al Monasterio de Hirache, hace mención de una hermana llamada D.^a Elvira: lo cual notado por P. Moret, dijo que el nombre de Elvira fué ignorado hasta este tiempo en las infantas de Navarra, y coligió, que se introdujo en aquel reino por la madre D.^a Elvira, hija del Cid. De las escrituras, que dejamos ya notadas del archivo de Cardena, consta que algunas señoras de Castilla tubieron el nombre de Sol.

En el libro de Regla de la Colegiata de Santillana, se lee una donación que hizo una señora llamada Sol Rodriguez, que fué hija de Rodrigo Ectaz. En el archivo del Monasterio de Oña había otra escritura del año mil y cuarenta y cuatro en que María por sobrenombre, ó por hablar con más propiedad por connombre, Sol, *María cognomento Sol*, hace favor á la casa de cierta hacienda: en que se conoce que en Castilla se estilaba poner á algunas señoras dos nombres, sin hacer mención del tercero, que era el patrimonico. En el archivo de Sahagun se hallan algunas escrituras en que se lee algunas señoras con el nombre de Sol, como Sol Lupiz, Sol Sarruciniz,

mujer de Rodrigo Petriz, Sol Didaz, mujer de Arnaldo, Sol Rodriguez, mujer de Fernando Muñiz.

La tercera razón con que se pretende esforzar que los casamientos de los infantes de Carrion con las hijas del Cid, fueron ideas de alguna fantasía ociosa, estriba en haber hecho casamentero al rey D. Alonso con tanto anhelo, que en persona pasase á verse con el Cid en Requena, y en que el Cid se atreviese en las Cortes de Toledo á reptar á los infantes, y en que los de un bando y otro se descomediesen delante de la magestad real. Quando no fuera cierto que el rey D. Alonso intervino en los referidos casamientos, y que pasasen á esceder en palabras y acciones en las Cortes de Toledo, nos podriamos aprovechar aquí de la doctrina del P. M. Yepes, que respondiéndolo al maestro Ambrosio de Morales, sobre que ponía en duda algunos sucesos que refiere la historia general, porque no están ajustados al tiempo, á las personas, y otras circunstancias, dijo, que muchas veces los autores dicen la verdad en la substancia y faltan en el modo; pero no por esto se han de echar á mal todas las obras que ellos escribieron, sino guardar el consejo del sabio, que manda que se quite el orin y la suciedad que contrajo la plata, y á esta darla su estimación. Asi habían de obrar los historiadores de nuestros tiempos, no hacer

asco de alguna falta que tenga el libro antiguo, ni de muchas cosas que con mal estilo se han dicho con verdad, sino limpiar, cercenar y quitar algunas menudencias que se pegaran á las historias antiguas. Atento á este consejo discreto, dejamos de escribir la jornada del rey D. Alonso á Requena, y otros sucesos que acaecieron en las Cortes, ajustándonos á las historias antiguas ya citadas, que los omitieron; sin embargo de que no son increíbles, ni tan singulares que no se encuentren casos semejantes de aquellos tiempos. En aquellos siglos los reyes tenían más asiento en la silla del caballo que en el trono del Palacio. Criábanlos como á soldados; y así de la noche á la mañana y de una hora para otra disponían sus jornadas. El rey D. Alonso se acostumbró tanto á andar á caballo que para recobrar la salud, le dieron este ejercicio por remedio.

No hay que maravillarse que el Cid hiciese el repto á los infantes en las cortes y delante del rey, antes se hubieran admirado todos, de que no hiciese el repto, porque en aquellos tiempos el campo era la sala del crimen, y á donde se acudía á averiguar y sentenciar las infamias: y así lo mismo fué á reftar el Cid á los infantes, que pedir que le oyesen en justicia, como ejecutó también, cuando envió al soldado con el cartel desafío, que dejamos escrito.

D. Alvaro de Cartagena, dice, que los hijosdalgo acostumbran desafiarse dentro ó fuera de las cortes. Los reyes en aquellos tiempos necesitaban mucho de los soldados, y se veian obligados á estar bien con los condes y ricos-hombres; y así pasaban partidas de monte, y los señores se mostraban muy enteros con los reyes, como se mostró el Cid algunas veces. En el tratado de *Regimine Principum*, que se atribuye á Santo Tomás, se explica que por cuanto los descendientes de sangre real se deben mostrar inocentes al pueblo y subditos á los reyes con la sinceridad de niños, se les aplicó en España el título de infantes. Y añadé despues el mismo autor; Esto se observa hoy mal en España: *Cuod hodié malé abservatur ilidem*. En vista de esto, ¿que hay que extrañar que en causa tan criminal, pasando de unas palabras á otras, levántase llama la cólera y llegase á juzgar de manos y á desenvainar la espada? ¿Y qué el rey D. Alonso, considerando las circunstancias del tiempo y de las personas, procurase antes apagar el fuego, que de nuevo se había encendido, que aumentarle, mandando ejecutar castigos en personas de bandos tan poderosos? Los reyes no tienen más fuerza y poder que el que les dan los vasallos: si este está dividido en bandos en ocasión que se pide justicia, no puede como juez aplicarse á uno de los dos, para cobrar

fuerzas como rey; y así D. Alonso, como discreto y prudente, no se dió por entendido del agravio que se hacia á la Magestad, por no olvidarse que tenía en su mano las balanzas de la justicia. Vióse obligado á disimular exorbitancias, para sentenciar el pleito de otras insolencias.

El argumento que parece más fuerte y que á muchos ha obligado á creer que dichos casamientos son fabulosos, se funda en que dicen las historias, que antes que se concluyese el repto, y que los infantes de Carrión entrasen en el campo, llegaron embajadores á pedir á las hijas del Cid para esposas de los infantes de Aragón y Navarra. Siendo ciertos estos segundos casamientos, como veremos en el capítulo siguiente, se conoce ser ficción los primeros: porque de derecho divino, solo la muerte disuelve, y corta el vínculo del matrimonio. Y aunque Moises permitió el Libelo de repudio á los judíos, por que solo eran constantes en su inconstancia, este repudio fué abrogado por la ley evangelica: y así no es de creer, que aragoneses, navarros y castellanos faltasen á esta ley, que repetidas veces en un año se cantaba en la iglesia.

El padre Gabriel Vazque, tratando de la ignorancia invencible, dijo, que el Cid padeció esta ignorancia: y que así habiendo apartado á las

hijas de los primeros maridos, las entregó á otros. El mismo dictámen tuvo el padre fray Domingo Bañez: El padre maestro Abaca parece que se lastimó que dichos autores creyesen la historia de los referidos casamientos pues escribió: *Es materia de gran risa y lástima, ver á tantos hombres, y entre ellos algun teólogo de sequito, gastar tanta tinta en llorar los azotes y el divorcio de las hijas del Cid.*

Persuadímonos, que la nueva crisis no corriera tanto la pluma en impugnar los escritos antiguos, ni se atreviera á tratar de incautos á los que pasan por lo que han creído autores de nombre y cercanos á aquellos tiempos, si se informara primero de los estilos anticuados, y desafueros á que se han arrojado los hombres. Decimos que se fueran á la mano los críticos modernos, por no caer en la nota, de que con menos informe se introducían por jueces de la antigüedad.

Los sagrados concilios repetidas veces prohibieron los repudios y segundas nupcias, viviendo el consorte: indicio claro, de que no todos, ni en todo tiempo, juzgaron por indisoluble el matrimonio; como se puede ver en D. Fernando de Mendoza y otros doctos sobre el concilio iliberetano. Para mayor claridad de lo que pasaba antiguamente en nuestra España, es forzoso advertir que el nombre arabigo *barra-*

gana, que los moros introdujeron en estos reinos, y que corresponde á la voz latina concubina, se entendía por nombre de legítima mujer y se daba cuando no era de tanta nobleza como la que tenía el marido: y así sobre la partida 4.^a título 14, en donde el rey D. Alonso trata de las barraganas, y de los que las podían tener, dice Gregorio Lopez, que solo el punto de la nobleza, diferencia la esposa de la concubina: *Dicit lex: quod inter concubinan, & uxorem porum referer nisi in honore.* Lo mismo escribió la erudición del padre Eduardo Martene, advirtiendo, que la diferencia que había entre la esposa y concubina ó barragana, era que el matrimonio de la primera se celebraba con solemnidad, y con el contrato de carta de arras; y de la segunda se hacía sin arras y sin tanta solemnidad. *Concubinæ sin nomen apud veteres non semper in malam partem sumibatur; sed aliquando in bonam pro legitima conyuge, quæ adsque dotarium tabularum, solemnitate ducta era. Itaque uxores, & concubinæ erant legitima conyuges; sed uxores cum moyori concubinæ cum minori solemnitate ducebantur.* En este sentido se debe entender el concilio primero de Toledo, cuando dice que el que tiene concubina por mujer, con tal que solo tenga mujer ó concubina, no sea excluido de la sagrada comunión.

En puntos de historia, lo que hace creibles los

sucesos extraordinarios, y con que se satisface á los discursos, conque se suelen impugnar los casos raros, son los ejemplares. Constantino IV celebró las primeras nupcias con Retrudis, hija del emperador Carlos Magno. Disolvióse este matrimonio por disensiones que hubo entre los dos emperadores.

Viviendo Retrudis, Constantino celebró las segundas nupcias con María Armena, que era de bajo linaje: y ejecutando lo mismo con ésta, pasó á casarse con Teodata. Bladuno I, rey de Jerusalem, desechó la primera mujer, y pasó á casarse con la viuda del rey de Sicilia. No se puede dudar que el emperador Carlos Magno fué hombre docto y celoso de que la ley evangelica se observase con puntualidad, pues tuvo gran cuidado de que se juntasen concilios; y como discípulo de Alcuino, estaba instruido en la ley divina: y sin embargo de todo esto se sabe que repudió á su mujer Teodora, hija de Desiderio, rey de los Longobardos; y viviendo esta se casó luego con Ildegorda, hija de Hildebrando, duque de Suevia; como testifica el maestro Yepes. Otros ejemplares de príncipes cristianos podía alegar: para extranjeros, estos bastan. Veamos lo que ha pasado en nuestra España: D. Ordoño III, rey de León, repudió á D.^a Urraca, hija del conde Fernan-Gonzalez, y viviendo esta señora casó con D.^a Elvira;

D. Bermudo II, habiendo casado con D.^a Velasquita, de quien descienden los infantes de Carrión, fué repudiada; y viviendo esta reina, casó con D.^a Elvira. En el año de mil ciento sesenta y siete; ochenta años después del suceso de los infantes de Carrión, D. Fernando Ruiz de Castro, dicho el castellano (según dice el arzobispo D. Rodrigo) habiendo muerto á su suegro el conde D. Osorio, repudió á la hija con quien estaba casado; y despues pasó á celebrar segundas nupcias con D.^a Estefanía, hermana del rey D. Fernando II, en quien procreó á Don Pedro Fernandez; y la señora primera mujer de D. Fernando Ruiz, hija del conde Osorio, por el mismo tiempo se casó con D. Pedro Arias, y de este matrimonio nació Rodrigo Perez Villalobos. Otros casos semejantes sucedidos en estos y otros reinos, podíamos alegar: pero bastan los referidos, para conocer que fueron singulares los sucesos de las hijas del Cid. Sin embargo de estos ejemplares, parece que persevera en su vigor el tercer argumento, y el no hay lugar á la opinión de los padres Vazquez y Bañez, por haber sucedido estos casamientos en tiempo del arzobispo D. Bernardo y el obispo D. Jerónimo, quienes como prelados doctos y celosos no habían de permitir que se celebrasen segundas nupcias, viviendo los consortes de las primeras.

Mucho trabajaron los pontífices y los obispos

celosos en el siglo en que vivió el Cid, por estirpar de la Europa los repudios matrimoniales, los casamientos incestuosos y sacrílegos, que se habían introducido en los católicos; y con todo su desvelo y fuerza que daban á los decretos de los concilios, no pudieron en muchos años hacer olvidar semejantes desórdenes: porque no faltan maestros en el pueblo cristiano, como profetas en el pueblo de Israel, que hablen al gusto de los señores: y así abusos envejecidos en un reino, y más los que tocan á la línea del sensual apetito, con dificultad se arracan del corazón humano. Ocasiones hay en que conviene el disimulo de algun desorden para arrimar el hombro para que no caiga alguna fábrica de mayor importancia. Esto sucedería al arzobispo de Toledo, y al obispo de Valencia, para sacar la cara contra lo dispuesto en las cortes de Toledo. Sacóla el arzobispo Don Bernardo, para que no se celebrase el casamiento de la reina Doña Urraca con D. Alonso I, rey de Aragón, por razón del parentesco grande que había entre los dos; como dice una historia que escribió un monje de Sahagun, que se halló en Toledo cuando murió el rey D. Alonso VI. Puédese ver sobre este punto al maestro Perez en su historia de Sahagun.

El rey D. Alonso el Sabio, habiendo estado

con D.^a Violante, la repudió; y pasó á despachar embajadores al rey de Dinamarca, para que le enviase por esposa á su hija D.^a Cristina. Llegó la infanta á España; y el rey D. Alonso hubiera efectuado el casamiento, si antes D.^a Violante no se hubiera explicado fecunda. En este tiempo no faltaron hombres doctos en España y el mismo rey como sabio los traía á su lado. Ni faltaron prelados celosos; como ni tampoco faltó ejército, puesto por el rey de Aragón, padre de la reina, que digese al rey D. Alonso, que violaba el derecho divino casándose con otra mujer viviendo la primera. Si esto sucedió cuando España estaba más cultivada y cuando acababa de tener un santo rey como San Fernando, celosísimo por la ley de Dios; ¿qué hay que extrañar que se hiciese los casamientos segundos de las hijas del Cid, casi dos siglos antes, y cuando se comenzaba á estirpar la maleza que Witiza y el comercio con los moros habían introducido en España?

La causa porque despues de muchos años se suelen impugnar los sucesos antiguos, creemos que consiste en hallarlos desnudos de las circunstancias que las persuadían creibles, y porque se ignoran y se conciben de otro modo que sucedieron, se juzgan por efectos de la fantasía. Las historias no señalan el año en que sucedieron dichos casamientos: pero podemos colegir

que se efectuaron en el año de mil noventa y seis, ó al principio del noventa y siete. Dicen que luego se divulgó que el Cid había ganado á Valencia, á toda prisa acudió con su ejército el rey de Sevilla. El Cid noticioso de que se armaba contra su triunfo el ejército de los almora-vides, pasó á vivir dentro de la ciudad en último de Julio de noventa y cuatro: conque á más tardar llegaría el rey de Sevilla en el mes de Septiembre del mismo año. Despues pasó Alvar-Fañez á llevar el presente al rey D. Alonso, y de traer la familia del Cid á Valencia. Pasados tres meses que D.^a Jimena y las hijas llegaron á Valencia, consiguió el Cid la victoria contra el rey Jucep, que vendría á suceder en los primeros meses del año de noventa y cinco. Despues de veinticinco días envió el Cid el tercer presente, que fué cuando trataron los casamientos de los infantes de Carrión: y habiendo estado casados como dos años (segun dicen las mismas historias, refiriendo la victoria que consiguió el Cid del rey Bucar) sucedió la retirada de los infantes de Carrión á Castilla, y las Cortes; lo cual parece sucedió en el año noventa y siete.

A trece de Diciembre del mismo año el arzobispo D. Bernardo abrió el concilio de Girona, en donde se trataron causas y dependencias que pedían algun espacio de tiempo. De donde

colegimos, que el arzobispo D. Bernardo estaba muy lejos de Toledo, cuando se celebraron las Cortes, y que no fué sabido de lo que se determinó en ellas. Por este mismo tiempo, como dice el maestro Yepes, D. Bernardo andaba muy ocupado en reedificar la ciudad de Tarragona, y en restaurar la Iglesia metropolitana, por decreto del Papa Urbano II.

El obispo D. Jerónimo informado de que los infantes de Carrión y las hijas del Cid eran parientes por parte de las madres, como descendientes del rey D. Bermudo II, pudo declarar por nulo el casamiento, y pasar despues á casarlos con los infantes de Aragón y Navarra, sin contravenir á la ley eclesiástica y divina.

Además de los cuatro discursos con que se han pretendido disuadir los casamientos de los infantes de Carrión, acaso alguno ideará otros argumentos, fundándose en que parece increíble, que el Cid se arrojase á cojer el león de la cerviz, y que los infantes se portasen inhumanos con D.^a Elvira y D.^a Sol. Aunque hay dificultad en hacer olvidar á las fieras las inclinaciones naturales, la industria humana ha conseguido amansar á las fieras más feroces. Después que Hanon Cartaginense discurrió el arte de amansar á los leones, se lee que algunos príncipes los han tenido mansos y tratables.

Bayerlino como testigo de vista, refiere que

Oton Eurica, príncipe Palatino, tuvo un león que con ser de rara grandeza se dejaba manosear de las personas de palacio. Lo mismo refiere de otros dos leones que tuvieron el emperador Maximiliano II, y el señor D. Juan de Austria. Alberto Craucio escribió que un soldado polaco tuvo audacia para quitar á un león bravo y hambriento, la presa que tenía en la boca. Pareciendo á este autor que la ignorancia con satisfacción de entendida, suele ser la que tenaz disputa el crédito á sucesos extraordinarios, dió la razón que han descubierto los físicos, para entender factible el suceso, y consiste en que el león se acobarda el ver que el hombre le acomete sin miedo: *Phisici tradunt Leonem ad nullius, nisi impavidi hominis, vocem, contremiscere.*

San Isidoro afirma, que el león no se enoja, sino que le lleguen á maltratar: *Circa hominem natura Leonum est, ut nise lcsi nequeaus irasci.* Así se lee esta autoridad en las etimologías manuscritas, que se conservaban en el archivo de Cardena.

El Cid ó experimentado que el león tiene estas propiedades, ó porque el león que tenía en su alcazar era de los pequeños y de crines crespas, de quienes dice San Isidoro que son cobardes, ó porque desde pequeño le criaron manso, con seguridad y satisfacción pudo cogerle y en-

trarle en la jaula de hierro donde se había criado.

No se hace tan increíble, que los infantes se arrojasen á poner las manos con tanta inhumanidad en sus mujeres. Refieren las historias algunos sucesos trágicos, que dan á entender ha hábido hombres más fieros que las fieras. Refiriremos un caso semejante, y otro en parte muy parecido, que sucedieron entre personas de superior jerarquia. Refiere Nicetas, autor venerable, y que pudo muy bien conocer á las personas, que Esteban, príncipe de los triballos, no contento con repudiar á Eudocia, hija del emperador Alexos Angelo, sin ponérsele delante el respeto que se debía á señora tan noble, la ajó muy mal, y la despojó de los vestidos, hasta dejarla en paños menores; y éstos hechos girones.

Notoria es á los españoles la crueldad del rey Amalarico, y fiereza con que trató á la reina Clotilde, hija del rey Clodoveo, y hermana de cinco reyes de Francia. ¿Pues qué hay que extrañar, que los infantes de Carrión, mozos y de poco asiento, como dan entender las historias, y con ánimo de vengar las chanzas que concibieron como injurias, ejecutasen sin reparo de la resulta, los desacatos que de ellos se cuentan? Dicen las mismas historias, que el rey don Alonso declaró por alevosos á los infantes, y que jamás su linaje levantó cabeza en Castilla.

De que podemos colegir, que movidos de esto el obispo D. Pelayo, el arzobispo D. Rodrigo, y las demás historias, dejaron de explicar el nombre propio de la madre del conde Suero, y de los demás de donde procedieron los infantes Diego y Fernan-González, habiendo explicado los nombres de los demás infantes de Carrión.

El padre Carvallo en la historia de Asturias trata del retiro de los condes. Doy sus palabras, por parecer que habla bien informado.

«Afrentados los condes con el sentimiento de
» su infamia, se metieron por estas montañas de
» Asturias, donde tenían muchos parientes, y
» entre ellos, uno muy principal, que era el
» conde D. Suero, hijo de D.^a Cristina Alfonso,
» (creo que se equivocó por decir D.^a Cristina
» Pelaez, como escribió el Sr. D. Luis de Salazar)
» hermana de la madre de los condes; como todo
» consta de escrituras antiguas. Vivía este caba-
» llero en lo más del tiempo en el palacio de
» Seura, junto al monasterio de Cornellana; y
» compadeciéndose de sus primos, les edificó una
» torre pegada al mismo monasterio, que hasta
» hoy dura, donde tienen su aposento los abades.

» En esta torre dió orden el conde D. Suero,
» que viviesen y pasasen su vida en compañía de
» los religiosos de aquella santa casa, que el iba
» reedificando; y les proveyó de todo lo neces-
» rio mientras viviesen, y en muriendo los ente-

» rró en la misma iglesia, en un sepulcro de
» piedra, hartó grande y ancho, para caber dos
» cuerpos pareados, segun hoy le vemos sobre leo-
» nes de piedra al lado del evangelio, junto á las
» primeras gradas que suben al altar mayor. Esto
» se entiende asi por tradición en aquel convento;
» y por cosa muy sin duda enseñan su sepulcro.
» Y es de advertir que este D. Suero no es el que
» dicen algunos autores, que aconsejó á los con-
» des aquella venganza ignominiosa contra el
» Cid, por que era tio y viejo, segun dice Maria-
» na; y este que los recogió era primo y man-
» cebo.» Hasta aquí el P. Carballo. El punto de
los referidos casamientos más era para tocado que
para controvertido: pero considerando que los
que han pretendido anublar las heróicas hazañas
del Cid, se valieron de la relación de estos casa-
mientos trágicos, para calificar por novela toda
la historia del Campeador; ha sido forzoso dilatar-
me más de lo que quisiera. Habiendo, pues, ma-
nifestado que los impugnadores se equivocaron
en los nombres y personas de los infantes; y que
en la relación no se lee suceso opuesto á los
estilos y costumbres de aquellos tiempos, mere-
ce que se le dé el crédito que le dieron los anti-
guos, por más que los modernos procuren dar
á entender, que fueron demasiadamente senci-
llos, por que sin duda fueron más inteligentes
los estilos de sus tiempos.

CAPÍTULO XXXVIII

Casamiento de las hijas del Cid con los Príncipes de Navarra y Aragón, y con el Conde de Barcelona.

Hemos visto hechos y deshechos los casamientos de las hijas de Rodrigo Diaz con los infantes de Carrión. Proseguiremos ahora en volver á darlas esposos, segun refieren las historias. Disuelto en Toledo el primer matrimonio, llegaron Ochoa Perez é Iñigo Jimenez; embajadores el uno del infante de Navarra (como escribió el autor de la crónica, que empieza por el rey D. Fruela) y el otro del infante de Aragón, á pedir las hijas del Cid D.^a Cristina Elvira y doña María Sol. Celebróse con gran regocijo esta embajada en Toledo; y con gran gusto del rey don Alonso, del Cid y demás señores, se otorgó cuanto en ella se pedía. El Cid procuró dar la vuelta para Valencia, á disponer los casamientos. Habiendo llegado aviso que ya venian los príncipes á Valencia á celebrar las bodas, salió el Cid con lo más lucido de sus caballeros al encuentro y á recibirles con demostraciones de benevolencia, y los aposentó en la huerta de Villanuva. A los ocho días despues que llegaron

el obispo D. Jerónimo desposó á D. Ramiro, Príncipe de Navarra con D.^a Cristina, y á don Sancho, Príncipe de Aragón, con D.^a María, y al día siguiente recibieron las bendiciones de la Iglesia, y por ocho días continuos se celebraron las fiestas de las bodas. Despues que estos señores estuvieron en Valencia tres meses muy agasajados de los suegros, partieron con sus mujeres para sus tierras, y salió el Cid á despedirlos á distancia de doce leguas.

No he visto autor que haya dudado en que el infante de Navarra D. Ramiro casase con Doña Elvira. El doctor D. Domingo de la Ripa, monje de San Juan de la Peña, dijo que el casamiento de D.^a Elvira con D. Ramiro, infante de Navarra no tenía más apariencia de verdad que el de su hermana D.^a Sol, que la casan algunas historias antiguas y modernas con D. Pedro, príncipe de Aragón, hijo del rey D. Pedro I. No cae la duda de este autor sobre si el infante don Ramiro casó con la hija del Cid, sino sobre haber dicho el padre Moret, que el nombre de Elvira se había introducido en los infantes de Navarra por D.^a Elvira hija de Rodrigo Diaz, por haber hecho juicio que solo se llamó D.^a Cristina, y asi la duda del doctor Ripa débese entender de nombre y no de la persona.

En lo que hay gran duda y discordia entre los autores; es sobre averiguar cuyo hijo fué D. Ra-

miro yerno del Cid. El Sr. Sandoval, persuadido de una historia antigua portuguesa, dice: que fué hijo del rey D. García, el de Nájera, que murió en el cercano Agés. En dos donaciones á favor del Monasterio de Sahagun, la una del año de mil sesenta y dos y la otra de mil y ochenta, se leen las firmas del infante D. Ramiro hijo del rey D. García de Navarra: *Ramirus Garseani prolis ex Provincia Pampilonice.*

Esteban de Garibay y el conde D. Pedro hacen á D. Ramiro hijo del rey D. Sancho el de Peñalen. El arzobispo D. Rodrigo, á quien siguen la general, la crónica del Cid, y otros escritores antiguos, escribieron que fué hijo del rey don Sancho, que fué muerto en Rueda, hermano del de Peñalen. El padre Moret que trabajó mucho en averiguar esta filiación, se inclinó á que nuestro D. Ramiro fué hijo de D. Ramiro García, señor de Calahorra y S. Esteban, y nieto de lo reyes D. García y D.^a Estefanía. Por últimos viene á decir este autor, cronista de Navarra: Si hallásemos á D. Ramiro firmando con el nombre patronímico, se acabarían de apurar con toda certeza quien fué el padre y el abuelo del rey D. García el Restaurador, nieto del Cid. Yo tampoco he descubierto firma de este príncipe con el nombre patronímico: pero las memorias de Cardena dicen: *Doña Cristina fué casada con D. Ramiro Sanchez rey de Navarra.*



Consta de estas memorias que el padre de don Ramiro fué uno de los dos reyes hermanos que tuvieron el nombre de Sancho: pero no sabremos decir si fué D. Sancho llamado el de Peñalen, ó el que fué muerto sobre Rueda.

D.^a María casó con el príncipe de Aragón, hijo del rey D. Pedro, á quien unos historiadores llaman D. Sancho, otros D. Pedro y algunos D. Ramiro. Convienen en este casamiento el conde D. Pedro de Portugal, la general del rey D. Alonso, los dos Jerónimos Zurita, Blancas, Beuter, Tarrasa, Garibay y otros. El señor Abad de San Juan de la Peña confesando que todas las historias antiguas dan por asentado este casamiento, se empeña en impugnarle. Para hacer llegar á su nuevo modo de opinar, comienza á desautorizar la historia del Cid, y á representar los argumentos que se formaron, para hacer increíbles los casamientos de los infantes de Carrión.

A que se responde: Que si las hijas del Cid no hubieran casado con los infantes de Carrión, como suponen, no tenían impedimento para casarse con los príncipes de Aragón y Navarra. Dice tambien, que la historia del Cid no nombra á los príncipes de Navarra y Aragón: y que los modernos, atendiendo á la correspondencia de los tiempos, dieron nombre á los infantes.

No discurrimos que historia del Cid vió el

señor abad. La que corre por Castilla, despues de haber dicho que los mensajeros traian cartas para el rey D. Alonso, y el Cid, en que pedían las hijas del Campeador por mujeres, prosigue diciendo: *La una para el infante D. Sancho de Aragón, é la otra para el infante D. Ramiro de Navarra.*

Y más adelante dice: *E estos infantes, el de Navarra, casó con D.^a Elvira la mayor, é avie nombre D. Ramiro, hijo del rey D. Sancho, que mataron en Roda; é el infante de Aragón casó con D.^a Sol, que avie nombre D. Sancho, hijo del D. Pedro; é este D. Pedro fué el que prendió el Cid Rui-Diez en la batalla, asi como lo ha contado la historia.*

Y otras muchas veces repite los nombres la crónica del Cid; y cuando no los hubiera explicado y deslindado por los padres, se hallan con toda expresión en la historia general.

Hecha esta salvedad, pasó el señor abad á probar que el príncipe de Aragón no pudo casar con D.^a María. La primera prueba que alega es suponer, que el rey D. Pedro no tuvo más que un hijo, y que este tuvo el nombre del padre, y dice, que murió niño; como lo dá á entender el tamaño del sepulcro, y su epitafio, el cual con estar muy gastado, leyó de este modo: *Aqui descansa el infante Pedro, que juntamente con su hermana Isabel murió en sus tiernos años, y an-*

tes que el padre. El segundo argumento le toma, de que D.^{na} María estaba casada con el conde de Barcelona en el mes de Agosto del año de mil ciento y cuatro, y en el mismo mes y año murió el infante D. Pedro. Funda la tercera razón, en que el rey D. Pedro cuando murió, no había cumplido treinta y cinco años de edad: y cuando murió el Cid (supone que murió por los años de mil y noventa y cinco á noventa y seis) solo tenía el rey D. Pedro de veinte y cinco á veinte y seis años. A estos argumentos añade, que el rey D. Pedro no había de pedir para su hijo una mujer afrentada con azotes y desechada; y que ya que pidiese el rey D. Pedro alguna hija del Cid, no había de ser la menor. Persuadido de estos argumentos, afirma que es constante, que ningún hijo del rey D. Pedro casó con hija de Rodrigo de Vivar.

El maestro Abarca siguiendo esta opinión, y no teniendo más razones que añadir, pasó á tratar de incautos á cuantos han escrito que el príncipe de Aragón casó con la hija del Cid.

El primer argumento, no hará mucha fuerza á los que con advertencias han leído las historias antiguas. No nombran comunmente más hijos de los reyes, que aquellos que suceden en la corona, ó parte de sus estados: y así con haber tenido el rey D. Pedro á los dos infantes, que confiesa el señor Abad, no hacen mención

de ellos el arzobispo D. Rodrigo, el conde Barcelos, ni otras historias antiguas.

No ignoró el autor de la general del rey don Alonso, que D. Pedro tuvo á D. Sancho, pues le nombra muchas veces en la cuarta parte y en la tercera, hablando de la genealogía de los reyes de Aragón: del rey D. Pedro, y de su hermano D. Alonso, dice: *Que no fincó hijos de ninguno.*

El señor abad confiesa, que el rey D. Sancho Ramirez tuvo además de los tres hijos que le sucedieron en la corona, á otro llamado D. Fernando, de quien dice que no se halla memoria de él en los autores. Hállase la memoria del príncipe D. Sancho, hijo del rey D. Pedro, en las referidas historias, y mostrábase su sepulcro en el cercano monasterio de Cardaña. El conde de Barcelos dice: que la hija del Cid fué casada con el heredero de Aragón; que como quiere nuestro abad, no pudo ser el infante D. Pedro: con que el casamiento fué con el príncipe D. Sancho olvidado de las relaciones antiguas de Aragón. Los autores antiguos atendían á la sucesión de la corona, y no á contar los hijos, que habían tenido los reyes: y así después que se comenzaron á registrar las firmas de los privilegios, se han descubiertos muchos hijos de reyes de quienes antes no había la menor noticia por las historias.

Cuando fuera cierto que el rey D. Pedro no hubiese tenido más que un hijo, estando en las noticias del monasterio de San Juan de la Peña, y en lo que en otras partes de su historia dice el señor abad, no solo hallaremos respuesta á los argumentos, sino prueba clara de que el príncipe heredero de Aragón pudo casar con hija del Cid. El mismo autor aconseja que el epitafio del infante D. Pedro estaba muy gastado.

El padre Morat, que registró por tres veces los epitafios de San Juan de la Peña, hablando del sepulcro de dicho infante dice. *No se ve la inscripción.* El doctor D. Domingo de la Ripa, defensor de los escritos del señor abad, trae una escritura del año 1654, que declara que fueron registrados jurídicamente los sepulcros reales de su monasterio; y en ellos dice el notario, que en algunas tumbas había huesos de dos y más cuerpos; y de la primera testifica, que había huesos de tres cuerpos de diferentes edades. También da testimonio que hay tumbas, no enteras, ni de una pieza, sino de cuatro losas. En esta confusión de sepulcros, de tumbas no enteras, y de epitafios tan gastados, que no se pueden leer; ¿cómo entenderemos que el señor abad distinguió el sepulcro, y los caracteres del epitafio del infante D. Pedro, treinta años antes que se hiciese la averiguación jurídica, y que

las registrase el padre Moret? El doctor D. Diego Juarez, abad de San Juan de la Peña, envió al maestro Yepes un catálogo de los epitafios de su monasterio, que sacó del archivo; y el del infante D. Pedro se señala por estas palabras: *Aqui descansa el siervo de Dios, el infante don Pedro, hijo de dicho rey D. Pedro.* Esta inscripción, que se juzga cierta (conocése, que no es trasunto ajustado al epitafio antiguo por la relación que hace del rey D. Pedro, que murió después que su hijo) no explica que el infante D. Pedro murió niño, ni que trocó las mantillas de dos años por la mortaja, como interpretó el padre Abarca; antes da á entender que murió de edad capaz de tomar estado, pues le da el título de siervo de Dios, título que supone que ya tenía edad para servir á Dios con discreción y prudencia.

El segundo argumento, que el señor abad llama concluyente, le disolveremos con la pluma del señor abad. Habiendo hablado de la muerte del rey D. Pedro, y probado que murió año de mil ciento y cinco, dice estas palabras formales: *De los dos hijos que tuvo se escribe, que murieron en el mismo año, solo un mes antes que el padre, y entrambos en un propio dia, que fué el de veinte y ocho de Agosto: pero por la sepultura de la infanta D.^a Isabel, cuya inscripción está muy clara, consta, que murió en la era de 1.140,*

es á saber, en el año de mil ciento y dos. No se han podido averiguar con la misma certeza las muertes de hermano y padre, porque los letreros de sus sepulcros están muy gastados, cuanto á los números. Hasta aquí el señor abad. Ahora, ó es cierto que el infante D. Pedro murió en el mismo año, mes y día, que su hermana D.^a Isabel, segun dice el epitafio, en que se funda el primer argumento; ó no es cierto: si es cierto habiendo muerto la hermana año de mil ciento y dos, como claramente consta de su epitafio, consta tambien, que el año de mil ciento y dos murió el infante D. Pedro; luego que D.^a María Sol estuviese casada con el conde de Barcelona, no se concluye, que no pudo estar casada con el infante D. Pedro hasta el año mil ciento y dos, en que murió. Si no es cierto que murieron los dos hermanos en un propio día, es manifiesta la ficción del epitafio, que es donde se funda el primer argumento.

El tercer argumento no es de más consecuencia que los dos primeros. Impugnando nuestro abad al padre Diego, dice: *Que la reina D.^a Felitia fué casada con el rey D. Sancho Ramirez año de mil y sesenta y tres; y que hubo luego del rey su marido el infante D. Pedro: porque en el de noventa y cuatro, en que murió su padre, ya este príncipe andaba en treinta años.* Despues dice: *Que el rey D. Pedro murió en el*

año de mil ciento y cinco; once años despues que su padre: luego segun las premisas, que asienta por ciertas el señor abad, no es cierta la consecuencia en afirmar que el rey D. Pedro murió de edad de veinte y cinco á veinte y seis años. Bien sumada la cuenta por las partidas ciertas, sale que el rey D. Pedro murió habiendo cumplido cuarenta años, edad en que pudo alcanzar á tener nietos.

No hace más fuerza las dos razones que acompañan á los argumentos. En la primera supone por cierto lo que acredita por novela. Si no es cierto que los infantes de Carrión casaron con las hijas del Cid, no se descubre impedimento, para que se juzgue imposible el casamiento con los príncipes de Aragón y Navarra. No se duda que el príncipe de Navarra casase con D.^a Cristina. ¿Era acaso de menor calidad el príncipe de Navarra, que el de Aragón? Ambos procedían del rey D. Sancho el mayor de Navarra; y D. Ramiro, aunque príncipe de menor fortuna, era de mayor nobleza, como habido de igual y legítimo matrimonio. El Sr. Abad quiso hacer creer, sin alegar testimonio alguno de aquellos tiempos, que don Ramiro rey primero de Aragón, había nacido de matrimonio publicamente celebrado: pero en contra lo que dejó escrito el arzobispo don Rodrigo; y contra lo que aseguró expresamente

el monje de Silos, autor de aquel siglo. Doña María, segunda hija del Cid, casó (como veremos luego) con el conde de Barcelona D. Ramón Berenguel el grande, que era como rey, según afirmó el maestro Abarea: y así el hijo don Ramón Berenguel el cuarto, pasó á ser príncipe y rey de Aragón.

Pues si un conde tan ilustre como el de Barcelona, no reparó en los inconvenientes, que propone el Sr. abad, para casar con D.^a María, tampoco repararía el rey D. Pedro para casarla con su hijo. Tampoco convence decir que el rey D. Pedro no había de pedir para su hijo heredero la hija menor del Cid: pediría la que le diese su gusto y la que tenía más proporcionada edad con el esposo. Casó pues D.^a María Sol con el príncipe heredero de Aragón, llamado D. Sancho, D. Pedro ó D. Ramiro, como quieren otros.

Aunque duró el matrimonio el tiempo de cuatro años, no quedó sucesión. El sepulcro de este príncipe se señalaba en dicho monasterio de Cardaña entre los sepulcros reales: por cuyo respeto se pusieron entre otras armas las de los reyes de Aragón al tiempo que el abad don Pedro fabricó la iglesia. El Sr. Sandoval, habiendo leído el rótulo del sepulcro de este príncipe, le entendió del rey D. Sancho Ramirez, por no haber hecho la reflexión, que hizo en otras

ocasiones, de que el estilo de aquellos tiempos era dar el título de rey á los hijos de los reyes: y asi dijo San Bernardo: *¿Quién es el que ignora, que los hijos de los príncipes se llaman príncipes, y que los hijos de los reyes se intitulan reyes?*

Habiendo quedado viuda D.^a María Sol, del príncipe de Aragón, casó con D. Ramón Berenguel tercero, llamado el grande, conde de Barcelona, el maestro Abarca, en consideración de que los anales compostelanos solo dicen que casó con D.^a María el conde de Barcelona, por haber hecho juicio, que para hija del Cid era grande casamiento, interpretó que D.^a María casaría con un conde de Barcelona, que fué, ó algun hijo segundo, ó conde honorario: porque hace gran dificultad en persona que fuese conde, señor ó propietario de Barcelona; y porque no se halla memoria alguna de este casamiento en nuestras historias; sino tambien por saberse con distinción los casamientos de aquellos príncipes por escritores y testimonios de primera autoridad. Para deshacer el matrimonio del conde de Barcelona D. Ramón Berenguel III con la hija del Cid, parece que no se podía alegar razones más concluyentes. Pero sin embargo, más bien mirado el maestro Abarca se vió obligado, á contestar que es cierto, que la hija del Cid fué casada con el conde, señor y propietario de Barcelona D. Ramón Berenguel

III. Dejonos el padre Abarca en su retractación un ejemplo bien claro, de que los discursos con que se pretenden interpretar ó negar las historias antiguas, son muy falibles, y consiguientemente de poca fuerza, para derribar lo que nos dejaron escrito los antiguos.

Consta del privilegio que trae el maestro Diago, que nuestra D.^a María estaba ya casada con el conde de Barcelona en cuatro de Agosto del año de mil ciento y cuatro. En el presupuesto de que D. Ramón no había de buscar esposa que le excediese en edad, por lo mucho que desean los príncipes soberanos la sucesión, entendemos, que D.^a María quedó muy niña, cuando su padre Rodrigo Díaz de Vivar, salió desterrado de Castilla: y así discurremos, que esta señora tenía diez y ocho años, cuando casó con el infante de Carrión: veinte cuando se desposó con el príncipe de Aragón: y veinte y tres ó veinte y cuatro, cuando contrajo matrimonio con el conde de Barcelona, que cumplió veinte años en once de Noviembre del año mil ciento y dos.

De este matrimonio nació una hija á quien se le dió el nombre de la madre, y fué casada con D. Bernardo Guillen, conde de Besalú. El padre Diago asegura que esta nieta del Cid se casó con D. Bernardo Guillen año de mil ciento y ocho. Esto no es creible; por que en dicho año

no tenía D. Ramón Berenguel, según el mismo Diago, de edad más que veinte y seis años; y este no es tiempo capaz de tener hija como la que buscaba D. Bernardo Guillen en su vejez, con deseo de tener sucesión.

Dícese y prueba el padre Diago con escrituras antiguas, que el conde D. Ramón Berenguel tercero tuvo tres matrimonios, el primero con D.^a María Rodríguez, hija del Cid: el segundo con D.^a Almódis, cuyo linage se ignora: el tercero con D.^a Dulce, hija del conde de la Provenza.

La crónica del Cid y la historia general dicen que D.^a María Sol, como discreta y sierva de Dios, dió muy buenos consejos á su sobrino don García rey de Navarra, llamado el Restaurador, por haberle recobrado por los años de mil ciento y treinta y tres. Como se componga esto que dicen las historias con los tres casamientos del conde D. Ramón Berenguel III, que murió antes que el rey D. García recuperase á Navarra, esplíquelo quien más alcanzare; que no nos determinamos á decir que el conde de Barcelona, como el emperador Constantino IV, se casó tercera vez, viviendo las dos primeras mujeres: ni á condenar las historias antiguas por falsas, cuando no hallamos en ellas notoria contradicción: por que la experiencia nos ha enseñado, que la facilidad que han tenido algunos historiadores mo-

dermos en negar y contradecir sucesos antiguos, por que no se acomodan á su genio, ha descubierto que han padecido engaño. Los anales de Toledo dicen que los almoravides ejecutaron una expedición en los términos de Consuegra el dia treinta de Julio del año de mil y noventa y siete; y que el quince de Agosto entró el rey don D. Alonso en Consuegra: cercáronle por espacio de ocho dias y viendo que nada podian ejecutar, dieron la vuelta para sus dominios.

CAPITULO XXXIX

Presentes del Sultan de Persia al Cid y bautismo de Gil Diaz.

Con la ocasión de haber vencido el Cid á los dos poderosos ejércitos africanos, se divulgó tanto el gran valor, la fortuna de Rodrigo Diaz, y fama de la disciplina militar, con que instruyó á sus caballeros y soldados, que llegó á oídos del Sultan de Persia el golpe del invicto brazo del Cid. Alguno dificultará que el rey de Persia, que los naturales llaman Sophi, se intitulase Sultan: y asi que sería el Sultan de Babilonia el que envió el presente al Cid. Pero Tedreno nos saca de esta duda, diciendo que habiendo los sarracenos cogido el reino de los Persas, y nombrado por rey á Muealeto, dispuso que le intitula-

sen Sultan. Temeroso, pues, el Sultan de Persia de la fortuna grande del Cid en las armas, y receloso de que pasase al Asia, en donde estaban ya muchos príncipes cristianos, para conquistar la Tierra Santa, procuró ganarle por amigo: para lo cual envió á un pariente suyo con un muy rico presente. Habiendo llegado el embajador al puerto de Valencia, hizo participante al Cid de su llegada.

Alegrose el Cid, y el dia siguiente por la mañana, acompañado de sus más nobles caballeros, le salió á recibir.

El Cid al ver que el embajador venia cerca, hizo detener á su gente hasta que llegase. Revistiose Rodrigo Diaz de tanta severidad agestosa, que al verle el embajador quedó tan pasmado, que no tuvo aliento para despegar los labios, hasta que le habló el Cid con más afabilidad que la que representaba en el rostro. Saludole el embajador, y dijo: *Humíllome, señor Cid Campeador, ante uno de los mejores caballeros de cristianos, que ciñó espada de mil años á esta parte.* Mi señor el Sultan noticioso de vuestro nombre y de vuestras excelentes prendas os saluda y desea por amigo: y asi os envia su memoria en este presente, y os suplica, le recibais como de su mano. El Cid, habiéndose mostrado agradecido, dió orden para volver á Valencia y entrar en el Alcazar, en donde descargaron el

presente, que eran unos sacos de moneda de plata y oro: una muy grande y rica bajilla con cinco vasos de oro, engastados de piedras preciosas: tres barriles de plata llenos de aljofar granado, y de otras piedras de mucha estimación; dos bujetas de plata sobredorada en que venían una libra de mirra y otra de bálsamo: un tablero de marfil del juego del Ajedrez con sus piezas, todo guarnecido de oro y de piedras preciosas de singulares virtudes (á este tablero la historia general llama Arcidrich); presentóle tambien ricas piezas de telas tejidas de plata y oro, trabajadas en la Tartaria, y diferentes animales desconocidos en nuestra España.

El Cid agradeció mucho el presente, y en demostración dió al embajador un abrazo, diciendo: Que no habia hecho demostración semejante con hombre alguno; y le advirtió que le daría tambien ósculo de paz si fuera cristiano; preguntó el Cid si traia alguna cosa que hubiere servido á la persona del Sultan, por que la besaría, y que si estuviese presente le besaria el hombro, segun el estilo de los turcos; por estar en inteligencia de que era el más noble que habia en el paganismo. Satisfecho el embajador de la grande urbanidad del Cid, dijo: Señor, si os hallades con mi señor el Sultan, os honraria mucho y os daria á comer la cabeza de su caballo, cocida segun el estilo de nuestra tierra. Pe-

ro porque no se usa en España, os presento mi caballo vivo, que es de los buenos de Siria, y os suplico deis lugar á que os bese la mano. Alejandro Guaquino, refiere de los tártaros, que cuando los reyes y capitanes quieren regalar á los soldados, reparten entre cuarenta un caballo y se reserva para su plato la cabeza, como de mayor regalo. San Bonifacio, arzobispo de Maguncia, prohibió en un Concilio que los alemanes comiesen carne de caballos. Presidiendo san Gregorio Hostiense en el concilio de Calcuta en el reino de los Mercios fueron reprendidos los que comian carne de caballo.

Habiendo el Cid recibido el presente mandó á su Almojarife, que llevase al embajador á la huerta de Villanueva, y que allí le hospedasen segun pedia el carácter de la persona. Conversando los dos, procuró el embajador informarse de la calidad, prendas y costumbres del Cid; y el Almojarife le informó del gran valor y destreza, que tenia en vencer á sus enemigos; de la puntualidad con que procuraba observar la ley que profesaba; de la gran prudencia con que dirigia los negocios; de la gran benignidad con que se portaba con los vencidos; y sobre todo la gracia particular que tenia, de que á primera vista infundia tal miedo y pavor, que enmudecian los que le venian á hablar.

Al oir esto el embajador, hizo reflexión de lo

que le habia sucedido en la primera vez que le vió. Esto mismo da á entender en la forma que lo puede esplicar el pincel, el retrato del rostro, que se conservaba en la sacristía de dicho monasterio. Se trabajó esta lamina en Valencia estando el Cid para espirar.

El Almojarife pasó á preguntar al embajador el motivo de su venida y la razón de haber traído al Cid tan rico presente. El embajador quiso satisfacer la pregunta diciendo: que su amo le había enviado movido de la gran fama que había divulgado sus armas: pero viendo que el Almojarife no quedaba satisfecho, le descubrió el pecho, y dijo; que había pasado el mar á la conquista de la Tierra Santa tan numeroso ejército de cruzados, compuesto de nobles caballeros alemanes, franceses, lombardos y sicilianos; y de la Calabria, que habían puesto en gran miedo á toda la tierra, por haber conquistado ya la ciudad de Antioquia; y que estaban ya sobre Jerusalem. La historia general dice que acudieron tambien á la conquista caballeros de Irlanda y de Inglaterra. Sigeberto dice que concurrieron caballeros españoles y de otras naciones. Concurrieron de toda la cristiandad: y asi unos historiadores señalan unas y otros otras.

Estas últimas palabras, que dicen dijo el embajador, tienen alguna dificultad: porque

ordinariamente se afirma, que la ciudad de Antioquia fué ganada por los cristianos en tres de Junio del año de mil noventa y ocho, siguiendo la historia de Uvillermo Tyro; y que hasta el mismo mes del año siguiente los cristianos no sitiaron á Jerusalem. El embajador estaba en Valencia, cuando llegaron los príncipes de Aragón y de Navarra á celebrar las bodas con las hijas del Cid, que sería por el mes de Abril de noventa y ocho; y cuando se puso el cerco á Jerusalem, como veremos, ya había muerto el Cid. De que se infiere, que el embajador no pudo decir que se había ganado ya la ciudad de Antioquia, y que estaban ya sobre la ciudad de Jerusalem.

Uvillermo Tyro, autor más antiguo que escribió la conquista de Jerusalem, dice que los cristianos estaban ya sobre Antioquia á siete de Febrero del año de mil y noventa y siete. De la carta, que escribieran Boamundo, Ramón, Conde de San Gil, Godofrido y Hugo á los cristianos en dicho año (dióla á la estampa el padre Martene) consta que en los últimos días del mes de Mayo ya los nuestros habían muerto treinta mil turcos, y que habían cercado la ciudad de Antioquia. En consideración de la felicidad con que los cristianos proseguían la santa conquista y presteza conque cogieron á Nicea, á Laodicea y otras ciudades, podía discurrir el embajador de

Persa, que habia ya tomado á Antioquia, y que habian pasado á cercar á Jerusalem. En estos tiempos, cuando tenemos noticia de que un ejército ha conseguido una gran victoria campal, solemos dar por ganadas las ciudades adyacentes á la provincia.

Habiendo el embajador estado algun tiempo en Valencia, y vistas las fiestas que dispuso el Cid para celebrar las bodas de los príncipes de Aragón y Navarra, trató de dar la vuelta para su tierra. El Cid procuró corresponder al sultán, con otro presente, propio de príncipe militar; y le escribió ofreciéndole su amistad, y salió á despedirle un cuarto de legua de Valencia.

De las alhajas que envió el persa al Cid, se conservaban en tiempos del padre Berganza en el monasterio de San Pedro de Cardena y tiempos despues, una de las dos bujetas, en que vino el bálsamo ó mirra, la cual era de plata, por afuera de labor antigua y por dentro toda sobredorada: era de dos medios. y el uno encajaba en el otro; y la hechura es como uno de los vasos con que retratan á los reyes magos en la ofrenda que hicieron á Cristo recién nacido. En el medio de arriba está dibujada la imágen de nuestro Redentor con el mundo en la mano, y en el de abajo la figura de una serpiente de raro modo enlaza que acaso se hizo en representación de la victoria que consiguió Jesús del enemigo del

linaje humano. La historia general, hablando del tablero del Ajedrez, dice: *Otrosi embiol un Arcidriche de los nobres, que fueron enel mundo, que aun oy dia en el Monasterio de San Pedro de Cardena.* El nombre de arcidiche, parece tomado del griego, y que quiere dar á entender, que era tablero primoroso y de dos colores.

No sabremos decir que se hizo de este tablero, habiéndose conservado hasta el tiempo del rey D. Alonso el Sabio.

Estos dos testimonios mudos dan á entender claramente la grande fama que adquirió el Cid con sus armas; y que son ciertas las celeberrimas victorias que consiguió de sus enemigos; porque á no ser su nombre tan celebrado el Sultán no le hubiera llegado á temer, ni á regalar.

Despachado el embajador, procuró el Cid mantener en mucha paz los castillos que tenia desde Tortosa hasta Orihuela, y que los moros de Valencia se aviniesen bien con los cristianos. Al levantarse un día de la siesta, llegó el alfaqui, que había nombrado por alcalde de los moros, llamado Albataji, ó Aben Alfaraf, ó Aben /lfange, que con esta variedad se lee en los historiadores; y le dijo: Señor, yo soy natural de Valencia, en ella nacieron mis abuelos. Siendo mancebo, me cautivaron los cristianos; aprendí el aljamia (esto es, hablar con claridad

y discreción que la general llama paladinamente Ladino) y advertí la ley cristiana; que hubiera recibido de buena gana, si no me hubieran rescatado tan presto mis padres. Después me entregué de modo á la doctrina de los moros, que hice ventajas á todos los alfaquíes de Valencia. Habiendo vuelto sobre mi, desde que merecí ser vuestro vasallo, considerando lo que es la ley de Mahoma y la ley de Cristo, he llegado á conocer que la de Mahoma es un grande engaño y la de Cristo contiene en sí la pura verdad: y así deseo ser bautizado y profesar la doctrina de Jesucristo; y en satisfacción de mi deseo me ofrezco á ser uno de vuestra casa y familia para vivir cristianamente, segun el consejo del Evangelio, que persuade á dejar mujer, hijos, parientes y hacienda y seguir á Cristo por toda la vida. Al oír esta determinación el Cid, se alegró mucho por reconocer que Albatajaí, era de buena capacidad y porte y por entender que á su ejemplo se convertirían otros, porque le tenían por el más discreto Alfaquí de los moros.

El Cid viendo la determinación del Alfaquí, mandó llamar á D.^a Jimena, y dándola noticia de la buena intención del moro, la encargó que mandase disponer lo necesario para el bautismo. Otro día hizo llamar al obispo D. Jerónimo, y le encargó que le bautizase y diese los nombres

de Gil Diaz. Fueron sus padrinos Alvar-Fañez, Pedro Bermudez y Martin Antolinez; y Doña Jimena con otras señoras principales fué la madrina. Despues que Gil Diaz fué bautizado, el Cid le hizo mayordomo de su casa, y cumplió con este empleo la satisfacci3n de toda la familia.

CAPITULO XXX

Relaci3n de la muerte de Rodrigo Diaz de Vivar

Habiendo ganado el Cid á Valencia, procuró en cuanto le daban los enemigos lugar, servir á Dios y mantener en paz sus estados por medio de sus más confidentes capitanes. Pasados cinco años, despues que ganó á Valencia, tuvo aviso de que el rey Bucar, sentido de las derrotas pasadas ponía todo esfuerzo en juntar cuanta gente podía del Africa, principalmente de la Berbería, que comprende los seis reinos de Barcar, Tripolí, Tunez, Argel, Fez y Marruecos.

Habiendose certificado que estaba ya para embarcarse el moro, dió orden que cuantos moros había en Valencia saliesen á vivir en la Alcudia. Desvelado una noche el Cid sobre discurrir qué medios pondría para vencer al africano, vió una gran claridad, y percibió en ella un maravilloso olor, y en medio del resplandor

se le apareció una persona de aspecto venerable, de cabello crespo, de vestiduras blancas y que tenía unas llaves en la mano, y le dijo, que era Pedro príncipe de los apóstoles; y que le venía á avisar, no de lo que pensaba sobre vencer al rey Bucar, sino de que dentro de treinta días habia de pasar de esta vida á la eterna.

Dijo tambien el sagrado apóstol; hágote saber como tu gente vencerá al rey Bucar despues de tu muerte, por honra de tu cuerpo, y los tuyos alcanzarán esta victoria con favor de Santiago Apóstol: y así tu trata de hacer penitencia de tus pecados para conseguir la salud eterna, que Jesucristo te concede por mi intercesión, y por lo mucho que le has honrado en el monasterio de Cardaña. Al oír el Cid á San Pedro, se iba á arrojar de la cama, para besar los piés al Santo Apóstol: á que no dió lugar el Santo; y habiendo vuelto á asegurarle de lo dicho, se desapareció dejando en el palacio señales de la celestial aparición.

Rodrigo Diaz asegurado de que era muy cierta la aparición, mandó llamar por la mañana á las principales personas del alcazar, y con lágrimas de devoción, y palabras de grande afecto, les dijo: Parientes y amigos míos, muy leales y honrados, bien sabeis como el rey D. Alonso me desterró repetidas veces, y los más de vosotros de vuestra bella gracia me habeis

acompañado y favorecido, defendiendo mi persona. Dios por su grande misericordia ha mirado por nosotros, y nos ha dado valor, para vencer muchas batallas, así contra los moros, como contra los cristianos. Sabe Dios, que si mandé acometer contra los cristianos no nacía de mala voluntad que les tuviese, sino de su culpa, que movidos de razones de estado, me impedían los buenos deseos, que tenía de debilitar á los moros.

Conozco que me ayudaisteis á ganar y mantener á Valencia. pero sin embargo deseo que esta ciudad no reconozca á otro señor que á D. Alonso mi rey natural. Hallome ya en los últimos días de mi vida. Siete noches ha, que en sueños se me representan mi padre Diego Lainez, y mi hijo Diego Rodriguez, y me dicen, que he vivido bastante tiempo en este mundo, y que ya es hora de ir á la corte celestial. No diera créditos á estos sueños, si por otra parte no estuviera certificado: y así os digo, que esta noche el apóstol San Pedro me aseguró. que había de morir dentro de treinta días.

No ignorais que el rey Bucar viene contra Valencia; armado de un inmensurable ejército capitaneado de treinta y seis reyes moros. Mirad si os hallais con ánimo de defender á Valencia y con valor para pelear contra tan poderoso enemigo: pero no temais, que yo os informaré del modo como vencereis y conseguireis grande

honra, segun me dijo mi abogado el Santo Apóstol.

Sintiéndose ya el Cid indispuerto, dió orden que cerrasen todas las puertas de la ciudad para ir á la iglesia de san Pedro en compañía del obispo D. Jerónimo y de los demás principales caballeros, para despedirse públicamente de todos. Hallándose ya en la iglesia, estando en pié les dijo: Parientes y amigos míos, bien sabeis que la muerte es tributo que todos hemos de pagar: y así os digo, que ya me están ejecutando por él. También os advierto, que mi cuerpo nunca fué vencido, ni vilipendiado por especial favor del cielo: y así os encargo que le defendais cuando le viereis muerto, del modo y forma que os dirán el obispo D. Jerónimo, Alvar Fañez, y Pedro Bermudez. Habiendo dicho esto se retiró con el obispo D. Jerónimo, y puesto de rodillas se confesó generalmente de todos sus excesos y pecados. Hecha la confesión, se despidió de todos con demostraciones del grande afecto que les tenía y se retiró al alcazar (estaba donde el marqués de Moya tuvo despues su palacio) y se echó en cama de donde no se volvió á levantar.

Cuando no le restaban del plazo más que siete días de vida, comenzó á usar de la mirra y bálsamo, deshechos en agua rosada y preparados de modo que fuesen consumiendo los humores superfluos y fortaleciesen los nervios para

que mejor pudiesen traer el cadáver á Castilla.

El día antes que muriese, mandó el Cid llamar al obispo D. Jerónimo, á D.^a Jimena, Alvar Fañez, Pedro Bermudez y á Gil Diaz, para prevenirles como habían de lavar, ungir y embalsamar el cuerpo; y esplicó, dando muchas gracias á Dios, que estaba en inteligencia de que tenía limpio el interior de su alma para recibir el cuerpo de Cristo por Viático, en el día que habia de morir. Encargó mucho á D.^a Jimena y á los demás señores de palacio, que de ningun modo hiciesen demostraciones exteriores de sentimiento; antes bien que en el dia que llegase el enemigo á poner sitio á la ciudad, subiesen cuantas personas pudiesen á las murallas y se mostrasen alegres y festivas. En el último día por la mañana el Obispo, D.^a Jimena y los demás de su mayor confianza, acudieron á visitar al Cid, quien considerándose en el día último de su vida, dispuso su testamento que la crónica redujo á estas clausulas generales: Primeramente mandó su alma á Dios, y que su cuerpo fuese traído á sepultar á San Pedro de Cardaña, á quien hizo tan cuantiosas mandas de haciendas, que con ellas quedó el monasterio con posibles para sustentar muchos más monjes con el fin de que fuese bien asistida la Iglesia en donde había de reposar su cuerpo. A los caballeros, escuderos y criados, hizo mandas

cuantiosas, distribuyéndolas segun los méritos de cada uno. Despues ordenó que luego que su cuerpo llegase al monasterio de Cardaña, vistiesen de ropas largas, chias y capuces á cuatro mil pobres de san Fort, (no alcanzamos que hospital fuera este:) y todo lo restante de los bienes quedase para Doña Jimena, encargándola que lo emplease bien y viviendo en el monasterio de Cardaña. Llegada la hora sexta (es á las doce del dia) pidió al obispo le trajese el Sacramento de la Eucaristía, que recibió muy devoto puesto de rodillas fuera de la cama y derramando muchas lágrimas, volviéronle á la cama y en ella implorando el auxilio de Dios y la intercesión de San Pedro, dijo esta oración: *Señor Jesucristo, tuyo es el poder, el querer y el saber: tuyos son los reinos, porque Tú eres sobre todos reyes y sobre todas las gentes; y Señor, pídoté por merced, que la mi alma sea puesta en luz eterna.*

Al acabar de pronunciar estas palabras, entregó su alma al criador.

Acerca del día, mes y año en que murió el héroe burgalés, honra de la nación española y gran capitán de la iglesia militante, hay diversas opiniones. Luis del Marmol señala la muerte en el año de mil ciento y dos, conocidamente este autor por este tiempo lleva adelantados los años. La historia general y la crónica manuscrita del Cid, la señalan en el año de mil y

noventa y cuatro, á quince de Mayo. La impre-
sa dice, que sucedió en diez de Julio de mil y
noventa y ocho. Estas opiniones juzgamos que
están erradas. Los anales de Santiago aseguran
que murió Rodrigo el Campeador, año de mil
y noventa y nueve: *Era MCXXXVII. Rudericus Campiductor*. Entiéndese *obit*, como en las
demás clausulas en que determina el año de la
muerte de los príncipes y señores conocidos.
Los analcs de Toledo, que estan despues de los
que escribió el Arzobispo D. Rodrigo, declaran
el mismo año. *Era MCXXXVII. Murió mio Cid
Róy Diaz en Valencia*.

La relación que dejamos puesta al principio
de los sucesos del Cid, dice, que murió en el
mes de Mayo. La historia que comienza por el
rey D. Fruela segundo, concluye las hazañas
de Rodrigo Diaz de Vivar con estas palabras:
*En la era de mil ciento y treinta y siete años,
cuando andaba el año de la Encarnación en
mil y noventa y nueve años, el Cid estando en
Valencia enfermó, murió en el mes de Mayo, é
dió el alma á Dios. D.^a Jimena é Alvar Fañez
Minaya llevaron su cuerpo á San Pedro de
Cardena: y porque la su historia dice, como
murió, y lo que acaeció á la su muerte, por eso
no lo pusimos aquí*. La historia de Vivar, sin
determinar año y mes, expresa que murió en el
día de la Cinquesma (asi llamaban antigua-



mente al primer día de fiesta del Espíritu Santo, como los Griegos decían Pentecostés, que significa lo mismo que Quincuagésima ó Cinqüesma) y dicha fiesta en el año de mil y noventa y nueve, cayó en veinte y nueve de Mayo: con que entendemos que murió á la tierra para vivir eternamente en el Cielo, en domingo, día en que celebraba la Iglesia los dones que el Espíritu Santo comunicó á sus fieles, veinte y nueve de Mayo de mil y noventa y nueve; de edad de setenta y tres años; y cinco años menos un mes y un día despues que con los dones de Prudencia y Fortaleza ganó á Valencia. El padre fray León de Santo Tomás en la benedictina lusitana, citando el catálogo real dice: Que el rey D. Fernando armó de caballero al Cid en la ciudad de Coimbra, y que murió de setenta y tres años; que tuvo setenta y nueve batallas con los moros y que de todas ellas salió vencedor. En el Nicrologio antiguo del citado monasterio se pone la memoria del Cid en el mes de Junio, sin declarar año ni día, por estas palabras: *Mio Cid Roy Liaz yace antel altar del Señor San Pedro, y facenle aniversario por mucho bien que hizo en este Monasterio, y nos ganó algunas cosas que habemos, que por el su ruego nos las dieron los reyes.* Pondríase la memoria en este mes, porque en él llegó el cadáver á este monasterio. (Continuará en el 4.º tomo.)

EL PAPA-MOSCAS.

Periódico humorístico y de intereses morales y materiales

—
AÑO DE XXIV
—

Este periódico, además de regalar á los señores suscriptores todos los años un *Libro* de gran aceptación, les proporciona la Revista «Blanco y Negro» en condiciones muy ventajosas; publica los números con grabados, y dispone «Certámenes Pedagógicos», «Juegos florales», «Exposiciones de labores del bello sexo» y cuanto ha creído y crea en adelante útil, necesario ó conveniente al adelanto del país en que vive hace veinticuatro años.

Su circulación es mayor cada día, pudiendo competir con los periódicos de provincias que la han conseguido más extensa en la nación.

SUSCRIPCION

En la capital 40 céntimos de peseta al mes; fuera de ella 3 pesetas semestre; 6 al año; Extranjero y Ultramar 10 pesetas; 11 por correspondal.

ANUNCIOS.—Al suscriptor, en la primera plana 10 céntimos de peseta línea: 5 en la cuarta; al que no lo sea, en la primera 15 y 10 en la última.

RECLAMOS, á 15 céntimos de peseta línea.

PAPELETAS DE DEFUNCIÓN, desde cuatro pesetas en adelante.

COMUNICADOS, de 30 céntimos línea en adelante.

Números sueltos 10 céntimos: atrasados 25.

ADMINISTRACIÓN: calle de la Puebla, núm. 40.

NOTA IMPORTANTE: al que se suscriba por un año se le regala los tres tomos publicados de la HISTORIA DE BURGOS.

(TELÉFONO NÚM. 143)

PÍLDORAS y JARABE de BLANCARD

APROBADAS
POR LA
ACADEMIA DE MEDICINA

Resumen todas las
propiedades del Yodo
y del Hierro.

40, Rue Bonaparte, 40
PARIS



ANEMIA — RAQUITISMO — COLORES PÁLIDOS
MENSTRUACIÓN DIFÍCIL, etc.

El Jarabe de Ioduro de Hierro de Blancard posee las mismas propiedades que las Píldoras.

Está especialmente preparado para los Niños y las personas que no pueden tomar sin repugnancia los medicamentos bajo forma de píldoras.

Como prueba de autenticidad de los verdaderos PÍLDORAS y JARABE de BLANCARD, exijase nuestra firma adjunta y el sello de la Unión de Fabricantes.





A las señoras

En caso de
grietas, escozores,
rojeces,
y para
suavizar, dar loza-
nía y blanquear
la piel de la cara
y de las manos,
nada iguala la

CREMA SIMON

POLVOS

de arroz

SIMON

completan los maravillosos efectos de la

CREMA SIMON

JABON

á la crema

SIMON

Exíjase el verdadero nombre.
Desconfíese de las imitaciones.

Doctores **FUMOUGE-ALBESPEYRES**
78, Faubourg Saint-Denis, PARIS.

VEJIGATORIO de ALBESPEYRES

El único empleado en los Hospitales militares.

Exijase la Firma de Albespeyres.

Papel y Cigarrillos Barral

Opresiones, Asma, Catarros, etc.

Jarabe y Pasta Berthé

Tos, Resfriados, Gripe, Males de Garganta,
Agitación nerviosa, Insomnios, etc.

Exijase el Sello del Estado Francés.

TÓPICOS CHAUMEL

á la Glicerina solidificada.

Bujías..... CHAUMEL
Lápices..... CHAUMEL
Óvulos..... CHAUMEL
Supositorios CHAUMEL

*Exijase las Firmas de CHAUMEL y
de FUMOUGE-ALBESPEYRES en las
envolturas de papel.*

Jarabe Delabarre

Facilita la Dentición.

Exijase el Sello del Estado Francés.

CÁPSULAS RAQUIN

Alquitran — Copaibato de Sosa — Copaiba — Cubeba
— Ictiol — Salol — Sándalo — Sándalo, Trementina —
Bicloruro ó Protocloruro de Hidrargirio, etc.

Insolubilidad de la Cápsula glutinosa en el estómago.

Exijase el Sello del Estado Francés.

CL-9
bu